

EURÍPIDES

MEDEA

*Introducción, guía didáctica
y traducción de*

ENRIQUE A. RAMOS JURADO

© Enrique A. Ramos Jurado

© Prósopon. Festivales de Teatro Grecolatino

Edición no venal

I.S.B.N.: 84-689-4838-1

Depósito Legal: BI-2794-05

Imprime: Kadmos

Maquetación: PDFsur S.C.A

ÍNDICE

Introducción	7
Estructura de la tragedia.....	27
Propuesta de Guía Didáctica.....	31
Nuestra traducción	35
<i>Medea</i>	37

INTRODUCCIÓN

La *Medea* de Eurípides fue representada en marzo del 431 a.C., año del estallido de la Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.), durante las fiestas de las Grandes Dionisiácas, siendo arconte Pitodoro, en el primer año de la Olimpíada 87. En el concurso trágico de ese año Eurípides con la tetralogía que presentó (*Medea*, *Filocetes*, *Dictis* y el drama satírico *Los segadores*), de la que se conserva íntegra sólo la primera pieza, obtuvo el tercer premio, siendo el primer premio para Euforión, hijo de Esquilo, y el segundo para Sófocles.

La leyenda que recoge *Medea* es una parte del mito de los Argonautas en su búsqueda del vellocino de oro. Cuenta la leyenda que Atamante, uno de los numerosos hijos de Eolo, quien es el héroe epónimo del pueblo de los eolios, tuvo dos hijos con su esposa Néfele, Frixo y Hele. Mas Atamante repudió a su primera esposa Néfele y casó con Ino, hija de Cadmo, de la que tuvo otros dos hijos, Learco y Melicertes. Ino, celosa de los hijos del primer matrimonio de su marido, ideó una estratagemma con el fin de matarlos y casi lo consigue, mas en el momento en que iban a ser sacrificados para propiciar la fecundidad de la tierra, su madre Néfele les dio un carnero con vellocino de oro, regalo de Hermes, que, levantan-

tando a los dos jóvenes por los aires, volando hacia Oriente, los libró de la muerte. Frixo logró llegar a la Cólquide, al Este del Ponto o Mar Negro, a la corte de Eetes, hijo del Sol y padre de Medea, pero su hermana, Hele, se ahogó en el mar, en el estrecho llamado por ese motivo Helesponto, hoy estrecho de los Dardanelos. Frixo fue bien acogido por Eetes, quien incluso dio a Frixo en matrimonio a su hija Calcíope, y Frixo, en agradecimiento, sacrificó el carnero a Zeus y ofreció el vellocino de oro a Eetes, el cual, a su vez, lo consagró a Ares y lo clavó en una encina de un bosque del dios, siendo guardado el maravilloso don por un dragón.

Pues bien, este vellocino de oro será el objetivo de la expedición de los Argonautas, nombre proveniente de la nave que conducía a los héroes, Argo, embarcación que portaba, a su vez, el nombre de su constructor, Argo. Esta expedición tenía como cabeza a Jasón, hijo de Esón, natural de Yolco, al pie del Pelión, en Tesalia. Esón, padre de Jasón, a quien pertenecía legítimamente el trono de Yolco, fue despojado de él por su hermanastro Pelias. Jasón, se dice, fue educado por el centauro Quirón en el Pelión, y cuando llegó a la edad varonil abandonó el Pelión y regresó a Yolco, reclamando a Pelias el poder que legítimamente le pertenecía. Éste le pidió entonces que le trajese la piel de carnero que había transportado a Frixo por los aires, pensando que no podría superar la prueba y no regresaría jamás. Jasón solicitó entonces la ayuda de Argo, hijo de Frixo, quien pasa por ser el artífice de la nave homónima, Argo, des-

tinada a conducir a la Cólquide a Jasón y sus compañeros, los Argonautas, cuyas listas fluctúan entre cincuenta y cincuenta y cinco, entre los cuales se contaban, aparte de Jasón, Orfeo, Heracles, Cástor y Pólux.

Tras una larga navegación (Lemnos, Misia, los Bébrices, las rocas Simplégades, los mariandinos, costas del Cáucaso, etc.) llegaron a la Cólquide, en la desembocadura del Fasis, término de su viaje. Una vez desembarcados, Jasón se presentó al rey Eetes, exponiéndole el motivo de su presencia en aquellas tierras. Eetes no se negó de entrada a entregarle el vellocino de oro, mas le impuso dos pruebas: uncir a un yugo un par de toros de pezuñas de bronce que despedían fuego por sus hocicos, y trabajar un campo y sembrar los dientes de un dragón (se trataba del resto de los dientes del dragón de Ares, el del episodio de la fundación de Tebas, que Atenea había dado a Eetes). En estas complicadas pruebas Jasón encontró la ayuda de Medea, hija del rey Eetes, la cual se había enamorado perdidamente de Jasón. Medea le hizo prometer a Jasón que, si le ayudaba a superar las pruebas, la tomaría por esposa y la llevaría con él a Grecia. Jasón se lo prometió y Medea, experta en artes mágicas, le dio, por una parte, un bálsamo con el que untar su cuerpo y el escudo que harían a Jasón invulnerable al fuego y al hierro y, por otra, le advirtió del peligro que entrañaba el sembrar los dientes del dragón (nacerían de la tierra sembrada hombres armados que tratarían de matar a Jasón) y el medio de eliminarlos (arrojar una piedra en el centro del grupo de hombres

armados, de forma que se lanzarían unos contra otros, culpándose mutuamente de haber arrojado la piedra, muriendo víctimas de sus propios golpes). Jasón consiguió así superar ambas pruebas, esperando que Eetes cumpliera su promesa y le entregase el vellocino. Mas Eetes intentó incendiar la nave y matar a los expedicionarios. Jasón, por su parte, con ayuda de Medea, que le reveló unos sortilegios con los que dormir al dragón que custodiaba el vellocino de oro, consiguió apoderarse de éste, huyendo junto con Medea.

Eetes, cuando descubrió que Jasón había huido con el vellocino y con su hija, salió en su persecución. Mas Medea, que lo había previsto, mató a su propio hermano Apsirto y dispersó sus miembros de forma que su padre, Eetes, el perseguidor, se entretuviera recogiendo los miembros de su hijo, consiguiendo así que no les diera alcance. La nave Argo siguió su ruta hasta llegar a Yolco, terminando su periplo en cuatro meses, portando el toisón de oro que entregó Jasón a Pelias. Luego Jasón condujo la nave Argo a Corinto, donde la consagró como exvoto a Posidón. Una vez en Yolco las tradiciones de lo que sucedió posteriormente difieren. Mas teniendo en cuenta la versión recogida en la *Medea* de Eurípides, digamos que ya en Yolco Medea convence a las hijas de Pelias, el usurpador del trono del padre de Jasón, a que sometan a Pelias a un supuesto tratamiento de rejuvenecimiento en un caldero hirviente, tras descuartizarlo, pereciendo en ello, lógicamente, Pelias. Jasón y Medea se ven obligados a huir y refugiarse en Corinto, donde comienza propiamente

te la tragedia de Eurípides. Jasón y Medea viven felizmente en Corinto diez años, pero llega un momento en que Jasón se cansa de Medea, una bárbara, cuyo matrimonio, no lo olvidemos, por ser con una extranjera, no era reconocido en Grecia, considerando, además, más provechoso para él, y supuestamente para Medea y los hijos de ambos, un nuevo matrimonio con la hija, Glauce (o Creúsa), del rey de Corinto, Creonte. Medea, ante el ultraje de Jasón, maquina asesinar a la nueva prometida de Jasón, al padre de ésta y a sus propios hijos (Feres y Mérmero). Efectivamente, envía por mediación de sus hijos unos regalos (un peplo impregnado en veneno, así como una corona de oro) a la prometida, que, al ponérselos, le causan la muerte más horrible, así como a su padre Creonte, que acude en su auxilio. A continuación mata Medea a sus propios hijos y huye montada en un carro maravilloso, regalo del Sol, su abuelo, que la porta por los aires, ante la desesperación de Jasón. Medea huiría a Atenas, donde viviría en compañía de Egeo, quien le había prometido su ayuda previamente en la tragedia eurípidea bajo la promesa de Medea de que Egeo tendría descendencia, ya que hasta entonces no la había tenido. Tras vivir con Egeo, quien da nombre al mar, dicen algunas versiones que Medea tuvo que huir con su hijo Medo, fruto de la unión de Medea con Egeo, por haber conspirado contra Teseo, hijo de Egeo y Etra y héroe ático por antonomasia.

Por supuesto este mito no es invención de Eurípides, y ya encontramos referencias a él desde los poemas homéricos. En efecto, encontramos en la literatura grie-

ga referencias a la saga de los Argonautas ya en Homero —más en la *Odisea* que en la *Ilíada*—, en el ciclo épico, en Hesíodo, en Estesícoro, en la cuarta *Pítica* de Píndaro, en Antímaco de Colofón y en los poetas alejandrinos (Filitas, Calímaco, Téocrito, y, sobre todo, las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas). Entre los trágicos griegos sabemos que se compusieron varias *Medeas*, hoy perdidas, aparte de la de Eurípides. Es más, en el <<Argumento>> que precede a la obra en los manuscritos medievales se nos dice que Eurípides se inspiró en el trágico Neofrón, anterior a Eurípides, del que sólo tenemos fragmentos, mas hoy en día el débito de Eurípides a este poeta anterior es una cuestión abierta sobre la que existen las opiniones más encontradas.

De la muerte de los hijos de Medea en Corinto encontramos ya referencias en la literatura griega arcaica, aunque la forma de morir de estos niños difiere según las fuentes. Para unos los niños habrían perecido en el templo de Hera en Corinto al intentarse con ellos, como con Pelias, un rito para hacerlos inmortales. Para otras fuentes (el gramático Parmenisco) serían las mujeres de Corinto las que mataron, en venganza por los asesinatos de Medea, a los hijos de Medea y Jasón, siendo enterrados los niños en el templo de Hera en Corinto. Según otra variante (Creófilo, Apolodoro) serían los parientes del rey de Corinto, Creonte, quienes, ante el asesinato de su soberano, darían muerte a los niños, divulgando luego el rumor de que habrían muerto a manos de su propia madre. Sea como fuere, las fuentes antiguas refieren que

en el templo de Hera Acrea, en la acrópolis de Corinto, se rendía culto anual a unos niños héroes que pasaban por ser los hijos de Medea. A este culto, a su institución, hace referencia la propia Medea al final de la obra (1378 ss.). Es más, cuando Pausanias (II a. C.) recorría Grecia, dice que se enseñaba aún en Corinto la fuente a la que se arrojó el nuevo amor de Jasón en su intento de liberarse de los efectos del terrible veneno que le afectaba y que le había sido remitido por Medea por medio de sus hijos, así como la tumba de los hijos de Medea.

Lo que resulta evidente, pues, es el que el tema es preeurípideo, aunque la versión de que la propia Medea matara a sus hijos para vengarse así de su esposo infiel fue elección personal de Eurípides, de los tres trágicos el poeta que más incide en el papel de la pasión en el devenir del ser humano.

El hecho de que la acción se desarrolle en Corinto también tenía una posible lectura de trasfondo político para el espectador por la época en que fue representada *Medea*, el año del estallido de la Guerra del Peloponeso, 431 a. C. En efecto, Corinto pasaba para los atenienses de la época por una ciudad hostil, culpable del conflicto bélico, que azuzaba a Esparta de continuo a enfrentarse abiertamente con Atenas. El hecho de que en la tragedia (663 ss.) aparezca en escena el mítico rey de Atenas Egeo, quien se muestra comprensivo con la actitud de Medea y le promete su hospitalidad ante la hostilidad que la hechicera encontraba en Corinto, no podía pasar desapercibida para el espectador ateniense. Corinto hostil, Atenas hospitalaria.

La obra pertenece al grupo de las primeras tragedias conservadas del autor y fue representada cuando el autor contaba con unos cincuenta y tres años. De los 92 dramas que las fuentes antiguas le atribuyen nos han llegado un total de diecinueve obras, de las que dieciocho son tragedias (contando como auténtica *Reso* y un drama satírico, *El Cíclope*). Cronológicamente la gradación descendente de las tragedias conservadas sería: *Alcestis* (438), *Medea* (431), *Heráclidas*, *Hipólito* (428), *Andrómaca*, *Las Suplicantes*, *Hécuba*, *Ión*, *Heracles*, *Las Troyanas* (415), *Electra* (413), *Helena* (412), *Ifigenia en Táuride*, *Las Fenicias*, *Orestes* (408) y las dos tragedias escritas durante su estancia en Macedonia (408-406), donde moriría, y que serían representadas póstumamente, *Ifigenia en Áulide* y *Bacantes*. Temáticamente *Medea* se agrupa, entre las tragedias conservadas de Eurípides, en el grupo de obras de conflicto amoroso o pasional (*Alcestis*, *Medea*, *Hipólito*).

Eurípides fue de los tres trágicos el menos apreciado en su tiempo y el más admirado posteriormente, de ahí que sus tragedias conservadas superen en número a las de sus predecesores. Comenzó a representar con veintinueve años, en el 455 a. C., con *Las hijas de Pelias*, con la que obtuvo el tercer premio, una obra precisamente ligada a la figura de Medea. Este fue el primer año en que obtuvo coro, es decir, sus obras en el concurso trágico merecieron ya la dignidad de verse representadas, y ello ocurrió en veintidós ocasiones a lo largo de su carrera.

Abierto a todas las influencias, coetáneo de los primeros sofistas, da cauce en su teatro a muchas ideas nuevas, muchos problemas nuevos. Es, de los tres grandes trágicos, el que refleja la Atenas sumida en la crisis del fin de su imperialismo con la Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.).

Efectivamente, pertenece a la que denominamos generación de la Guerra del Peloponeso, pues, aunque el sistema generacional aplicado a la literatura griega no ha dado frutos en líneas generales, sí que didácticamente podemos distinguir en el siglo V a. C. tres generaciones literariamente hablando. La generación del 470 o de las Guerras Médicas, cuyo ejemplo es Esquilo (democracia religiosa, teocentrismo, concordia interna en Atenas, paz con Esparta, conciliación en la solución del dilema trágico), la generación de Pericles, al frente del poder entre el 461 y el 429 a. C., marcada por el progresivo distanciamiento entre “progresistas”, tipo sofístico, que defienden el antropocentrismo, el individualismo, la democracia laica (la democracia como convenio entre hombres), y el relativismo, y, por otra parte, la corriente “tradicionalista” que defiende el teocentrismo, la distancia hombre-Dios, la medida, la democracia “moderada”, “dirigida” a ser posible, cuyos representantes son Sófocles y Heródoto, y, finalmente, la generación de la Guerra del Peloponeso, en la que entra de lleno Eurípides. En efecto, nuestro autor, aun nacido en plenas Guerras Médicas y habiendo vivido toda la etapa de Pericles y el imperialismo ateniense, esto es, toda la época de felicidad, de

dicha, de una Atenas próspera y en plena sazón, es fiel reflejo de la tremenda convulsión social, política, económica y humana que supuso la Guerra del Peloponeso.

Didácticamente, a su vez, se suelen distinguir las siguientes cinco etapas en la producción de Eurípides. La primera etapa, que comprendería desde su primera representación (*Las hijas de Pelias*) en el 455 a. C. a la primera conservada, *Alceste*, del 438, etapa marcada por el gusto por lo novelesco, los efectos escénicos, la aventura, el brillo y la invención. Una segunda etapa, los dramas de madurez de comienzos de la Guerra del Peloponeso, caracterizada por piezas patrióticas, como respuesta a la política impuesta al principio por Pericles. Atenas en ellas aparece como salvadora de Grecia. Eurípides ama a Atenas por lo que ella significa, no por simple inercia. Eurípides cree en los ideales democráticos de la Atenas de Pericles. Son las tragedias que van desde *Medea* del 431 al *Hipólito* del 428. La tercera época abarcaría hasta el desastre de Sicilia y sus consecuencias. Aquí ya tendremos plenamente las amarguras de la guerra. Una Atenas gobernada por demagogos como Cleón o arribistas como Alcibíades. Una política y una guerra que no comparte. Aquí entrarían desde *Hécuba a Troyanas*, pasando por *Suplicantes* y *Heracles*. Una cuarta época, hasta su salida de Atenas en el 408, caracterizada por un Eurípides totalmente desengañado, que se vuelca en la imaginación y el romanticismo, que huye de la realidad que no le gusta: *Electra*, *Helena*, *Ión*, *Ifigenia en Táuride*, *Las Fenicias* y *Orestes*. La última

época, la quinta, abarcaría su año y medio final en Macedonia, con un Eurípides que continúa profundamente desengañado de la Atenas de su tiempo y que, desde su punto de vista, ha renunciado a sus ideales. Los dramas correspondientes a sus dieciocho meses finales fueron representados póstumamente: *Ifigenia en Áulide* y *Bacantes*.

En su obra refleja, pues, de forma asistemática, dispersa, la terrible convulsión experimentada por Atenas durante el enfrentamiento entre peloponesios y atenienses. En tal sentido se le considera el típico representante de la crisis social de aquellos años. En sus tragedias se vislumbran los debates ideológicos, políticos, religiosos y filosóficos del momento. No obstante, es imposible encasillar el pensamiento eurípideo bajo un rótulo más o menos llamativo. A comienzos del siglo XX se consideró al poeta como ejemplo de autor racionalista, pero a los pocos años se le tuvo, con fundadas razones, por estudioso profundo de lo irracional. Quizás en una época de crisis como la que, fundamentalmente a partir de sus cincuenta y un años, le tocó vivir, el “ilustrado” Eurípides no podía por menos que ver lo “irracional” que somos los seres humanos siempre en los períodos bélicos.

Como decíamos, *Medea* se representa en el 431 a. C., año en el que los tebanos atacan la ciudad de Platea, aliada de Atenas, lo cual significaba el comienzo de la Guerra del Peloponeso. La obra respira todavía una seguridad, un orgullo del trágico hacia su patria, quien realiza un elogio de Atenas (820 ss.), ciudad dedicada al

culto de las Musas y acogedora de refugiados, como también lo hace en piezas correspondientes a los primeros años de la guerra, así el *Erecteo*, *Heráclidas* y *Suplicantes*. Una ciudad que aún respira seguridad y confianza en sí misma. Lejos están aún las obras pacifistas sobre los horrores de la guerra (*Hécuba*, *Troyanas*) o las obras psicológicas o novelísticas, de evasión como *Ión* o las *Ifigenia*. Atenas era para el poeta todavía la patria de la libertad intelectual, del liberalismo tolerante y humano. Buena prueba es la propia *Medea*. El autor se atreve a poner en escena obras en que la causa de las mujeres, como en ésta, o de los esclavos o de los hijos naturales, es decir, de los sectores menos favorecidos de la sociedad, es presentada y triunfa moralmente sobre la de los poderosos. Y sin embargo el mismo hecho del tercer premio en el concurso trágico indica que algo fallaba en las relaciones entre nuestro poeta y Atenas. Eurípides da cauce a la expresión de todas las opiniones y defiende o comprende, en cierto modo, causas que el común del público ateniense no quería conocer. Y eso que lo hace a través del carácter de una hechicera bárbara, no griega, Medea, en cuya boca están las reivindicaciones más fuertes. Al público ateniense de la época, por una parte, le agradaba la obra, pero, por otra, le molestaba verse reflejado en sus comportamientos cotidianos.

En *Medea*, como decíamos, notamos ya además algunos de los rasgos que definen la personalidad y la técnica del autor. Así, por ejemplo, notamos que los personajes de la tragedia se parecen en gran medida al

común de los atenienses de la época. No son héroes inmutables como los sofócleos, sino vacilantes, inestables, agitados por las pasiones que pueden más que la razón, como es el caso de Medea, movida por algo tan común como los celos, unos celos que ella transforma en vengativos de la forma más cruel posible, matando a sus propios hijos, para hacer daño así a su infiel esposo en lo que más puede dolerle, sus hijos. También es propio de Eurípides darle mayor importancia en la escena a personajes socialmente no relevantes, como sucede en el caso de *Medea* con el personaje de la nodriza o el pedagogo. En este último caso no olvidemos tampoco la importancia que le concedía Eurípides a la educación, pues él es partidario de unir naturaleza y educación, de forma que ésta última puede modificar al ser humano, enfrentándose así al pensamiento aristocrático tradicional, que defendía que la virtud era algo heredado, recibido al nacer. Es más, no olvidemos tampoco que las capas más deprimidas y bajas de la sociedad de la época fueron objeto de atención por parte de nuestro autor, de forma que incluso reivindica la figura del esclavo dentro de una sociedad esclavista, afirmando que lo único infame en el esclavo es el nombre, pero que humanamente puede tener tanto valor como el hombre libre.

Como en otros muchos aspectos, pues, Eurípides está más cercano al pensamiento ilustrado, racionalista, de los sofistas que a la corriente tradicional, representada en la tragedia por Esquilo y Sófocles. No en balde es de los tres trágicos el más vinculado a las corrientes progresistas de

pensamiento, lo cual se refleja en sus tragedias, y ello le costó en no pocas ocasiones el no ser apreciado en su medida justa por sus coetáneos. Incluso en *Medea*, en el enfrentamiento y discursos de los personajes se nota la influencia de la retórica de su tiempo. Y es que Eurípides aprovechó los aspectos dramáticos de la oratoria para perfeccionar su técnica teatral. Aunque también hemos de decir, y se muestra en nuestra obra, que Eurípides advierte de los excesos a que puede conducir el uso incorrecto e incontrolado de la retórica (580 ss.).

Mas hay dos características típicas eurípideas que marcan *Medea*: el tema del amor y el tema de la mujer. El amor, Eros, presente desde Homero, en la lírica y en la tragedia preeurípidea, recibe en nuestro autor un impulso decisivo, como determinante de la conducta humana. En Eurípides vemos al amor llevado a su límite, bien sea en el caso de mujeres casadas (Fedra) hacia hombres solteros y que hacen de la virginidad una bandera (Hipólito), bien sea en el caso de una mujer bárbara, que ha traicionado a su tierra y a su familia por amor (Medea), hacia un esposo que la traiciona por un nuevo matrimonio más ventajoso en el aspecto económico y social (Jasón). El amor en Eurípides es una pasión fundamental en la vida del hombre, que arrastra, confunde, tiraniza, que afecta a los dos sexos, siendo una "enfermedad" involuntaria, pero forzosa, capaz de aportar los mayores males como también, en sus justos términos, los mayores bienes (627 ss.). Por la importancia de Eros en su obra, se ve a Eurípides como un precedente de la época helenística.

En cuanto a la mujer, Eurípides se ocupó de ella como ningún otro trágico antes. Estudia el alma femenina y sus sentimientos más íntimos. Mas no nos engañemos. La posición de Eurípides hacia la mujer no se puede deducir únicamente a partir de *Medea*. Sabido es que los trágicos participan, en líneas generales, de la tradicional misoginia y subordinación femenina al varón, aunque figuras como Medea, Clitemestra, Antígona o Deyanira se hayan puesto como ejemplos de la posición opuesta, más avanzada. Pero Eurípides, no nos olvidemos, presenta un poliperspectivismo respecto a la mujer en sus tragedias. Él era consciente de la posición de la mujer en la sociedad de su época, marcada por la misoginia y la subordinación, pero también era consciente de que en determinados círculos intelectuales esta visión tradicional estaba siendo revisada, y de ello se hace eco la bárbara Medea. Eurípides, como hombre, realmente prefiere la mujer tradicional, atenta a su casa y complaciente con su esposo, como se refleja en tragedias del tipo de *Alcestris*, *Andrómaca*, *Heracles*, *Heráclidas*, *Troianas*, *Ifigenia en Áulide* o *Electra*. Mas también se hace eco del dolor de la mujer ante esta situación y solicita incluso al varón fidelidad, no sólo a la mujer. En *Medea* (230 ss.) tenemos un maravilloso ejemplo de la mujer en las diversas etapas de su vida: antes del matrimonio, en el matrimonio, problemas de la dote, subordinación al varón, relación con el esposo, etc. Medea no sólo lamenta su infortunio personal, sino que se hace eco de todas las mujeres, habla en nombre de ellas por vez primera de

una forma tan extensa y profunda en la tragedia griega. Medea se rebela contra los sufrimientos ligados a la condición femenina, a la que está vinculada, desde la perspectiva del mundo antiguo, el problema del "lecho", la lucha por él, por el varón, contra otras contrincantes. El "lecho" significaba para la esposa en aquella época la seguridad social y económica, aparte de vincularla con la naturaleza y animalidad que hombres y mujeres compartimos. Medea lucha por "su lecho", como lucha Hermíone en *Andrómaca*. Este aspecto primario en todo ser humano es una fuerza incontenible que puede provocar, como es el caso de Medea, la rebelión y que puede inducir a las acciones más terribles, como es matar a los propios hijos. Medea hace un absoluto de lo que es sólo una ruptura en una relación sentimental. Para ella, como mujer, es el fracaso máximo, y por ello quiere revisar y eliminar todo su pasado y todo su presente vinculados a esta relación, incluso eliminando a los frutos del amor con Jasón, los hijos. Por tanto, desde este punto de vista, Medea, aun gozando hoy día de las simpatías, desde el siglo XIX, de los movimientos feministas, no deja de aportar, en su feminidad así entendida, desventura y muerte, como Fedra en *Hipólito* o Pandora en el mito hesiódico. Que los espectadores de la época veían en Eurípides un misógino quizás se demuestre por la visión que del trágico ateniense aporta Aristófanes en *Tesmofo-riantes* (411 a. C.). En esta comedia de Aristófanes, las mujeres atenienses están a punto de condenar a muerte al poeta como castigo a las calumnias (de adulterio, hol-

gazanería, alcoholismo, despilfarro, etc.) que había vertido sobre la condición femenina en sus tragedias, y lo perdonan finalmente cuando el trágico promete respetar a las mujeres y no hablar mal de ellas en el futuro. Digamos que si las sufragistas inglesas y las feministas de hoy en día sienten predilección por Eurípides, sus contemporáneos no la sentían en igual medida. Además no olvidemos que los alegatos justos sobre la condición de la mujer en el siglo V a. C. y la rebelión de Medea contra su situación están en la boca y en la mente de una "bárbara", una extranjera, no de una "ateniense", con lo cual se suavizan los términos reivindicativos en defensa de la mujer para los espectadores, sobre todo masculinos, en una sociedad patriarcal.

Eurípides cuidó con esmero en esta obra la caracterización de todos los personajes, desde el paternalista, egoísta y vanidoso Jasón a la pasional, despechada, astuta y cruel Medea, pasando por la frivolidad juvenil y altanería de la joven princesa o el sentimentalismo, debilidad y realismo del anciano Creonte. Medea continúa la serie de mujeres maquiavélicas y criminales, heridas por el varón en lo más profundo de su ser, como Clitemestra en la *Orestía* de Esquilo. Pero también inicia la serie de mujeres enamoradas, presas de la pasión amorosa, como Fedra, Estenebea, Pasífae y demás. Esta pasión amorosa choca en estas heroínas con la convención, con la norma social establecida, y este choque pasional es catastrófico, lleva a la aniquilación; de ahí que se preconice el amor moderado, reflexivo. Mas Eurípides trata de com-

prender y comprende las "razones" de Medea, se mete en su alma y nos la muestra en su dilema vacilante. Su héroe, en este caso heroína, es un ser humano de carne y hueso con sus pasiones violentas. Seguramente Esquilo hubiese enfocado el tema desde una perspectiva religiosa, en el sentido de que el crimen de sangre se paga con sangre, de que las tribulaciones de Medea son la consecuencia lógica de los actos impíos que cometió por amor a Jasón matando, por ejemplo, a su hermano. En la *Medea* de Eurípides no hay nada de esto. Eurípides no plantea el problema teológico, como hubiera hecho Esquilo, ni ahonda en el sufrimiento humano para demostrar que el hombre que traspasa su esfera, por acercarse a la grandeza divina, se expone a ser golpeado hasta volver a sus verdaderos límites, aspecto en el que hubiese insistido Sófocles, sino que Eurípides ahonda en el alma femenina atormentada por el sufrimiento y la pasión, que se impone a la razón. De ahí la grandeza y la actualidad permanente de la obra.

El coro del drama está compuesto de mujeres corintias que se suman al dolor de Medea, mas tratan de disuadirla de tan crueles propósitos, y se nota que, tanto en extensión como en funcionalidad, en la obra la importancia del coro va disminuyendo respecto a Sófocles y, sobre todo, Esquilo.

Medea, junto con *Hipólito*, figura entre las tragedias más valoradas de Eurípides a lo largo de los tiempos y es sin duda la más representada del autor hoy día. Decenas de autores posteriores al trágico ateniense han

recreado el tema de Medea. Si dejamos fuera los trágicos griegos que sabemos que abordaron el tema, aparte de Neofrón, en el mundo latino hemos de recordar las figuras de Ennio, Accio y Ovidio y sobre todo la *Medea* de Séneca. En el ámbito de la literatura europea destaquemos los casos de Pierre Corneille (1635), Lope de Vega (*El vellocino de oro*, comedia mitológica), Richard Glover (1761) y Franz Grillpazer (1824) o la recreación del mito por parte de Lenormard (1931), Jean Anouilh (1946) o Robert Graves (1945). En música basta con recordar las figuras de Marc-Antoine Charpentier, Salomon, Jean-Philippe Rameau, el ballet de Christoph Vogel, las óperas de George Benda, Johann Naumann, Peter von Winter y, sobre todo, Luigi Maria Cherubini. En el terreno de las artes plásticas encontramos la figura de Medea, por ejemplo, en la cerámica griega, en los frescos pompeyanos, en los sarcófagos romanos y, más cercanamente a nosotros, en los dibujos de Poussin (c. 1648-1650) y Delacroix (1838, 1862).

ESTRUCTURA DE LA TRAGEDIA

PRÓLOGO (1-130): Monólogo de la nodriza sobre la situación de Medea y aparición en escena del pedagogo con los hijos de Medea. Éste comunica a la nodriza la expulsión de Medea y sus hijos de Corinto. Medea muestra su desesperación ante la nueva boda de Jasón.

PÁRODO (131-213): Tras la entrada del coro en escena, se desarrolla la párodo propiamente dicha entre el coro, la nodriza y Medea, donde se muestra el dolor de Medea y la angustia del coro y la nodriza.

EPISODIO 1º (214-409): Lamento de Medea sobre la condición de la mujer. Diálogo entre Medea y Creonte, quien le comunica el destierro, y actitud astuta de Medea que planea su venganza, que incluye la muerte de sus hijos.

ESTÁSIMO 1º (410-445): Lamento del coro por la situación de Medea, insistiéndose en la violación de los juramentos por parte de Jasón. También los hombres merecen cantos de denuestos.

EPISODIO 2º (446-626): Enfrentamiento de Jasón y Medea por el repudio de ésta y el nuevo matrimonio de Jasón.

ESTÁSIMO 2º (627-662): El coro exalta el poder de Cipris, del amor, y siente piedad por Medea.

EPISODIO 3º (663-823): Encuentro y diálogo entre Medea y Egeo, rey de Atenas, quien le ofrece refugio en Atenas.

ESTÁSIMO 3º (824-865): El coro hace un apasionado elogio de Atenas. ¿Cómo va a poder Medea matar a sus hijos?

EPISODIO 4º (866-975): Medea simula una reconciliación con Jasón y envía a sus propios hijos con presentes envenenados a la nueva esposa de Jasón.

ESTÁSIMO 4º (976-1001): El coro llora la suerte de Medea y de sus hijos.

EPISODIO 5º (1002-1250): El pedagogo comunica que a los niños se les ha levantado el destierro y Medea se despide de ellos. El corifeo refiere las penalidades que acarrearán los hijos. Relato del mensajero que refiere las muertes de la nueva esposa de Jasón y de su padre Creonte. Medea reafirma su voluntad de matar a sus hijos.

ESTÁSIMO 5º (1251-1292): Clamor de muerte de los niños. Dolor del coro.

ÉXODO (1293-1419): Enfrentamiento de Jasón y Medea, que ha dado muerte a sus hijos y huye en un carro alado. Comentario final del corifeo.

PROPUESTA DE GUÍA DIDÁCTICA

Teniendo en cuenta la información que se ha proporcionado en la "Introducción" previa y el trabajo que individualmente o en equipo se puede realizar, proponemos la siguiente serie de cuestiones posibles a resolver:

1. Busca información sobre el mito de los Argonautas: <<catálogo>> de héroes, la navegación, geografía de su periplo, las aventuras, etc.
2. Busca información sobre la figura de Medea y Jasón: árboles genealógicos, episodios de juventud, aventuras, las versiones sobre su relación y la muerte de sus hijos, el final de Jasón y Medea, etc. Otras fuentes importantes del mundo antiguo a las que puedes acudir, sobre la relación Jasón-Medea, son los cantos III y IV de *Las Argonáuticas* de Apolonio de Rodas, la *Medea* de Séneca, las *Metamorfosis* de Ovidio (VII 1 ss.). Fíjate en las semejanzas y diferencias con la *Medea* de Eurípides.
3. Medea tiene la vertiente de maga y hechicera, infórmate sobre la magia y la hechicería en el mundo griego y en concreto destaca los versos en que Eurípides se refiere a esta actividad de Medea. Te sugerimos en el ámbito literario griego las figuras de Circe en la *Odisea* y el idilio II de Teócrito (*La*

Hechicera). Destaca las semejanzas y diferencias entre las figuras femeninas respectivas.

4. Uno de los temas más debatidos en nuestro autor y la obra es la visión de Eurípides de la mujer. ¿Te parece misógino? Razónalo. Para compararlo con otros textos literarios no euripideos te sugerimos la lectura del *Yambo sobre las mujeres* de Semónides de Amorgos y el mito de Pandora en Hesíodo.
5. El coro de mujeres corintias (410-430) se queja de que las mujeres no se ven favorecidas por el don de las Musas ¿Qué escritoras del mundo griego recuerdas? Infórmate.
6. Un elemento esencial en la obra es el amor. Piensa en la distinta visión del amor de Medea, la de Jasón y del coro (627 ss.). Establece las diferencias. Si quieres acudir a textos no euripideos referentes al amor, te recomendamos el *Himno a Afrodita* y la *Oda de Longino* de Safo, el coro de *Antígona* (781 ss.) de Sófocles y las distintas intervenciones de los participantes en el *Banquete* de Platón.
7. Medea entra en la categoría de mujeres perversas y criminales, como Clitemestra. Establece los paralelos y diferencias entre ambas figuras, acudiendo en el caso de Clitemestra al *Agamenón* de Esquilo.
8. ¿Qué te parece la figura de Jasón? ¿Es un héroe tradicional tipo homérico? ¿Qué rasgos destacarías de su personalidad? ¿Qué motivos le impulsan a separarse de Medea?
9. Aprovecha la figura de Medea, sobre todo los versos 214 ss., para considerar el papel de la mujer en

una sociedad patriarcal, en la Atenas clásica (esposa, concubina y hetera) y su participación en esponsales, matrimonio y divorcio. ¿Qué relación jerarquizada se establecía entre hombre y mujer en época clásica?

10. En el mito griego tienes también otros ejemplos de infanticidios como, por ejemplo, los casos de Crono y sus hijos o Ino (1284). Coméntalos.
11. Por otra parte, en el mundo clásico griego no era inusual la exposición de los recién nacidos, sobre todo mujeres. Profundiza en el tema y, sobre todo, en los motivos.
12. Medea (291-305) se queja de que las personas consideradas excesivamente “sabias”, “instruidas”, pueden llegar a resultar molestas para la ciudad. ¿Recuerdas casos concretos en la Atenas clásica? ¿Qué puedes decir del caso de Sócrates?
13. Considera la curiosa escena (663 ss.) introducida por Eurípides entre Egeo, ateniense, quien le ofrece asilo, y Medea, que debe huir de Corinto. Infórmate sobre las causas que llevaron al estallido, en el año de representación de Medea (431 a. C.), de la Guerra del Peloponeso y del papel de Corinto en esta contienda.
14. Egeo (663 ss.) dice que viene de consultar el oráculo de Delfos. ¿Qué sabes de este oráculo? Documentate. Los oráculos suelen jugar un papel importante en la tragedia griega, ¿recuerdas otras tragedias donde los oráculos sean importantes? Te

sugerimos que comentes en este aspecto el *Edipo Rey* de Sófocles.

15. ¿Se da a los niños papeles hablados en escena? ¿Eran representados por niños? Busca en la obra las intervenciones de los hijos de Medea y de qué tipo son.
16. En *Medea* no tienen lugar las muertes (1136 ss.) a la vista de los espectadores, ¿es lo usual? Compáralo con la muerte de Agamenón en la obra homónima de Esquilo. ¿Dónde ocurre la muerte de Agamenón? ¿Cómo se notifican al espectador las muertes que tienen lugar en la tragedia?

NUESTRA TRADUCCIÓN

La edición del texto griego que manejamos para nuestra traducción es la J. Diggle, *Euripidis Fabulae*, Oxford, 1984. Advirtamos que en nuestra traducción el texto de las partes no recitativas aparece en cursiva, fundamentalmente las partes corales, y que en la traducción aparecen lógicamente los signos diacríticos utilizados por Diggle en su edición y cuyos significados son los siguientes:

< > Texto no conservado, sobre el que el editor ejerce en ocasiones el arte de la conjetura.

[] Texto conservado, pero que el editor considera que debe ser suprimido.

† † Pasaje corrupto.

Por otra parte hemos anotado en la traducción, cada diez versos, el número de verso correspondiente, con objeto de que pueda ser localizado por el lector con mayor facilidad un pasaje determinado.

ENRIQUE A. RAMOS JURADO
*Catedrático de Filología Griega
de la Universidad de Sevilla*

EURÍPIDES

MEDEA

DRAMATIS PERSONAE

NODRIZA de Medea

PEDAGOGO de los hijos de Medea

HIJOS DE MEDEA (personajes mudos)

MEDEA, protagonista

CORO DE MUJERES, de Corinto

CREONTE, rey de Corinto, padre de la nueva esposa de Jasón

JASÓN, marido de Medea

EGEO, rey de Atenas

MENSAJERO

MEDEA

*(La escena se desarrolla en Corinto.
El decorado representa el palacio de Medea.
La nodriza sale de palacio).*

NODRIZA.- ¡Ojalá el casco de la Argo no hubiera atravesado volando en dirección a la tierra de los Colcos las Simplégades de azul sombrío, ni en los valles del Pelión hubiera caído nunca talado el pino, ni hubieran empuñado el remo las manos de los más valerosos varones, que fueron a buscar para Pelias el áureo vello-cino! Pues en tal caso mi señora, Medea, no hubiera navegado hacia las torres de la tierra de Yolco, herida de amor por Jasón en su corazón; ni, tras persuadir a las hijas de Pelias de que mataran a su padre, se habría establecido en esta tierra corintia con marido e hijos, intentando resultar grata †a los ciudadanos a cuya tierra llegó en su huida† y colaborar en todo con el mismo Jasón; precisamente ésta es la mayor salvaguarda, cuando una mujer no disiente de su marido. Mas ahora todo le es hostil y se duele de lo máspreciado. Pues, traicionando a sus hijos y a mi señora, Jasón comparte maritalmente el lecho real, ya que ha tomado como esposa a la hija de Creonte, quien gobierna esta tierra.

Y Medea, la infortunada, despreciada invoca a voz en grito los juramentos y reclama la garantía máxima de la diestra estrechada, y pone por testigo a los dioses del pago que recibe por parte de Jasón. Y yace sin comer, abandonando su cuerpo a los dolores, consumiendo todo su tiempo en llantos, desde que se ha visto injustamente tratada por su marido, sin levantar sus ojos ni apartar su rostro del suelo. Y como roca u ola marina
30 escucha las advertencias de sus amigos, a menos que, en ocasiones, volviendo su blanquísimo cuello, llore consigo misma por su padre querido, por su tierra y por su casa que traicionó por venirse con un hombre que ahora la desprecia. Y reconoce la desdichada, bajo el peso de la desgracia, qué cosa es no verse privada de la tierra patria. Aborrece a sus hijos y no disfruta al verlos. Y tengo miedo de que ella no trame algo insospechado, [pues su alma es violenta y no soportará el maltrato recibido. Yo la conozco, y temor siento de que
40 se clave un afilado puñal en su hígado, entrando en silencio en su casa, donde está extendido su lecho, o incluso que mate a la princesa y a su marido y se atraiga luego un infortunio mayor.] Ella es terrible. Indudablemente, si alguien se la echa como enemiga, no entonará con facilidad el canto de victoria. Mas he aquí los niños que vienen tras haber puesto fin a sus carreras, ajenos por completo a las desgracias de su madre, pues la mente joven no gusta del sufrimiento.

*(Entran los dos hijos de Medea
acompañados por su pedagogo)*

PEDAGOGO.- Antigua esclava de la casa de mi señora,
¿por qué estás en pie, tan solitaria, ante las puertas, 50
lamentando contigo misma las desgracias? ¿cómo es
que Medea quiere estar sola sin ti?

NODRIZA.- Anciano acompañante de los hijos de
Jasón, para los buenos sirvientes infortunios son los
asuntos de sus amos cuando ruedan mal y a sus cora-
zones afectan. Pues yo a tal punto de dolor he llegado
que me ha invadido el deseo, saliendo aquí, de contar
a tierra y cielo las desdichas de mi señora.

PEDAGOGO.- ¿Es que la desdichada no pone fin a sus
gemidos?

NODRIZA.- Te envidio. Al comienzo está su desgracia, 60
aún no está ni en su mitad.

PEDAGOGO.- Insensata, si es conveniente hablar así de
los señores, que nada sabe de sus nuevas desdichas.

NODRIZA.- ¿Qué ocurre, anciano? No rehúses hablar.

PEDAGOGO.- Nada. Me he arrepentido incluso de lo
anteriormente dicho.

NODRIZA.- Por tu mentón, no lo ocultes a tu compañe-
ra de esclavitud, pues, si es preciso, lo mantendré en
secreto.

PEDAGOGO.- Oí a alguien decir, mientras fingía no
escuchar, al acercarme a los jugadores de dados, allí

70 donde se sientan los más viejos, en torno a la sagrada agua de Pirene, que a estos niños junto con su madre tiene intención de expulsarlos de la tierra corintia el soberano de este país, Creonte. Este rumor, si es cierto, no lo sé. Mas preferiría que no lo fuera.

NODRIZA.- ¿Y Jasón va a soportar que sus hijos sufran eso, aunque se lleve mal con su madre?

PEDAGOGO.- Las antiguas alianzas quedan postergadas ante las nuevas, y aquél ya no es amigo de esta casa.

NODRIZA.- Estamos perdidos, pues, si vamos a añadir un mal nuevo al antiguo, antes de haber apurado el de ahora.

80 PEDAGOGO.- Mas tú, pues no es oportuno que mi señora lo sepa, mantente serena y guarda en secreto la información.

NODRIZA.- ¡Oh hijos!, ¿estáis escuchando qué actitud tiene vuestro padre respecto a vosotros? Que no muera, pues es mi señor, mas de forma flagrante ha resultado ser un malvado para con sus seres queridos.

PEDAGOGO.- ¿Y quién no entre los mortales? ¿Ahora te enteras de esto, que todo el mundo se ama más a sí mismo que a su vecino, [unos justamente, otros por el interés], como se puede ver en el caso de estos niños, a quienes su padre no ama por causa de otro lecho?

90 NODRIZA.- Entrad en casa, hijos, todo irá bien. Tú mantén a éstos lo más apartados posible y no los acer-

ques a su encolerizada madre, pues ya la he visto mirarlos con ojos fieros como un toro, como si estuviera tramando algo. No pondrá fin a su cólera, bien lo sé, hasta haber arremetido contra alguien. ¡Que, al menos, su acción la dirija contra sus enemigos, no contra sus amigos!

MEDEA.- *(Desde el interior de palacio)* ¡Ay! ¡Infeliz de mí y desdichada por mis penas! ¡Ay de mí! ¿Cómo podría morir?

NODRIZA.- *Esto es lo que os decía, queridos niños. Vuestra madre excita su corazón y excita su cólera. ¡Apresuraos, más aprisa, a casa! Y no os pongáis al alcance de su vista ni os acerquéis, sino guardaos de su salvaje carácter y del odioso natural de su osada mente. ¡Vamos, pasad lo más rápido posible dentro! Es evidente que esta nube de lamentos que comienza a levantarse pronto va a inflamarse con más furor. ¿Qué llevará a cabo este alma orgullosa, tan difícil de aplacar, mordida por las desgracias?*

100

110

MEDEA.- ¡Ay! *Sufrí, desdichada, sufrí infortunios dignos de grandes lamentos. ¡Oh hijos malditos de una odiosa madre, ojalá muráis junto con vuestro padre y toda la casa se vaya al traste!*

NODRIZA.- ¡Ay, ay de mí! ¡Ay, desdichada! *¿Por qué tus hijos van a resultar partícipes de los errores de su padre? ¿Por qué los odias? ¡Ay de mí, hijos, cuán grande es mi dolor al pensar que os pase algo! Terribles son las resoluciones de los soberanos, y como*

120

130 *poco obedecen y mucho mandan, difícilmente modifican sus impulsos. En efecto, el hábito de vivir entre iguales es mejor. En cuanto a mí, ojalá me sea dado envejecer no entre grandezas sino en seguridad. Pues, en primer lugar, pronunciar el nombre de moderación conlleva la victoria, y servirse de ella ampliamente es lo mejor para los hombres. Los excesos, por el contrario, no significan nada conveniente para los mortales, sino que dan a cambio mayores calamidades, cuando una divinidad se irrita contra una casa.*

(Entra el coro de mujeres de Corinto)

CORO.- *Escuché la voz, escuché el grito de la desdichada mujer de la Cólquide. Todavía no se ha calmado. Mas, anciana, habla. Pues dentro del zaguán de palacio escuché un lamento, y no me congratulo, mujer, con los dolores de esta casa, pues en mi caso se une el afecto.*

140 NODRIZA.- *No existe ya la casa. Esto ya se terminó. Pues a él lo tiene un lecho regio, mientras que ella, mi señora, en su alcoba consume su vida, sin que en absoluto se vea reconfortada en su alma por las palabras de amigo alguno.*

MEDEA.- *¡Ay! ¡Que atraviase mi cabeza una llama celestial! ¿Qué gano yo con seguir viviendo? ¡Ay, ay! ¡Ojalá con la muerte descansa, abandonando mi odiosa existencia!*

Estrofa 1

CORO.- *¿Oíste, ¡oh Zeus y tierra y luz!, qué clamor entona la desdichada esposa? ¿Qué anhelo del inaccesible lecho te posee, insensata? ¿Apresurarás el fin de la muerte? No supliques en absoluto eso. Y en el caso de que tu esposo honre nuevos lechos, no te irrites con él por ello, Zeus será tu abogado defensor en esta causa. No te consumas en demasía llorando a tu marido.* 150

MEDEA.- *(Desde el interior) ¡Oh gran Temis y soberana Ártemis!, ¿estáis viendo lo que estoy padeciendo, por haberme encadenado con grandes juramentos a mi maldito esposo? ¡Ojalá pueda yo verle a él y a la desposada en su propio palacio desgarrados, por las injusticias que anteriormente osaron causarme! ¡Oh padre, oh ciudad, a los que tuve que abandonar de forma ignominiosa tras dar muerte a mi hermano!* 160

NODRIZA.- *¿Oís qué cosas dice y con qué gritos invoca a Temis, guardiana de las súplicas, y a Zeus, quien es considerado garante de los juramentos para los mortales? No es posible que a cambio de poco mi señora deponga su cólera.* 170

Antístrofa 1

CORO.- *¿Cómo podría venir ella a nuestra vista y prestar atención a la voz de las palabras que le dirigimos, para ver si de algún modo depona su cólera, que abruma su corazón, y la decisión de su mente? ¡Que mi aliento no falte a mis amigos! ¡Ea, yendo, hazla venir aquí, fuera de palacio! Háblale de nuestra amistad,* 180

dándote prisa, antes de que cause algún mal a los de dentro, pues este dolor va a más.

190 NODRIZA.- *Lo haré, mas no estoy segura de que pueda convencer a mi señora, pero con ello pongo de manifiesto mi gratitud por tu esfuerzo. Y eso que torvamente lanza a sus sirvientes mirada de leona recién parida, cuando alguien, dirigiéndole la palabra, se le acerca. Si llamaras necios y en absoluto sabios a los mortales de antaño no errarías, los cuales inventaron para fiestas, festines y banquetes himnos, audiciones gratas para la vida, mas ninguno descubrió medio de poner fin con la música y los cantos de muchos tonos a los dolores odiosos de los mortales, de los que provienen muertes y terribles desgracias que abaten las*
200 *casas. Y eso que sería una ganancia que los mortales las sanaran con sus cantos. Mas donde hay opíparos banquetes, ¿a qué forzar la voz en vano? En tales momentos la abundancia del festín por sí conlleva el deleite para los mortales.*

210 CORO.- *He oído el clamor rico en gemidos de los lamentos, lanza agudos y tristes gritos de dolor contra su malvado esposo, traidor al lecho. Y, por haber sufrido injusticias, invoca a Temis, hija de Zeus, garante de los juramentos, la que la trajo a Grecia, en la otra orilla, por nocturno mar, hasta la salobre llave del inmenso ponto.*

(Aparece en escena Medea y se dirige al Coro)

MEDEA.- Mujeres de Corinto, he salido de palacio para que no me hagáis reproche alguno. Pues sé que muchos mortales son altivos —unos los he visto con mis propios ojos, otros sólo de oídas—, y ellos, por su parsimonia, se han granjeado la mala fama de indolentes. Y es que no hay justicia en los ojos de los mortales, pues cualquiera, antes de conocer a fondo, con claridad, la entraña de un hombre, lo odia a simple vista, sin haber sido objeto de injusticia. Debe el extranjero ciertamente avenirse a la ciudad, y tampoco alabo al ciudadano que de natural altanero zahiere a sus conciudadanos a causa de su ignorancia. Mas a mí este asunto inesperado que me ha caído encima me ha destrozado el alma. Estoy como muerta y, por haber perdido la alegría de vivir, deseo morir, amigas. Pues en quien tenía todas mis ilusiones puestas, lo sé bien, mi esposo, me ha resultado el más malvado de los hombres. De todas las cosas cuantas tienen vida y pensamiento, las mujeres somos el ser más desdichado. En primer lugar debemos comprar un esposo con derroche de riqueza y tomar un dueño de nuestro cuerpo. Ésa, en efecto, es una desgracia más dolorosa que cualquier otra desgracia. Y en esto radica la prueba mayor, en tomar uno bueno o uno malo. Pues a las mujeres no les dan buena fama las separaciones y resulta imposible repudiar al esposo. Cuando una llega a nuevas costumbres y leyes, pues no las ha aprendido en casa, hay que ser adivina sobre cómo comportarse con el compañero de lecho. Si cumplimos bien estas tareas y el esposo convive con noso-

tras sin soportar el yugo por la fuerza, nuestra vida es envidiable. Mas en caso contrario, mejor es morir. Un hombre, por el contrario, cuando le resulta una carga convivir con los suyos, marchándose fuera, pone fin al hastío de su corazón, [encaminándose bien a casa de un amigo o de uno de su misma edad]. A nosotras, en cambio, nos es preciso mirar a un único ser. Dicen que nosotras vivimos una vida sin
250 peligro en casa, mientras que ellos luchan con la lanza. ¡Necios! Tres veces querría permanecer firme junto al escudo más que parir una sola vez. Mas no es válido el mismo discurso para ti y para mí. Tú tienes esta ciudad, la casa de tu padre, el disfrute de la vida y la compañía de los amigos, mientras que yo, abandonada y sin ciudad, sufro el ultraje de ese hombre, arrebatada como botín de una tierra extranjera, sin madre, sin hermano, sin parientes como para encontrar puerto al abrigo de esta desgracia. Pues
260 bien, sólo una cosa quisiera conseguir de ti: si encuentro alguna salida, algún medio para hacer pagar a mi marido estas desgracias, [así como al que le dio su hija y a la que lo tomó por esposo], te pido silencio. Pues una mujer, por lo demás, está llena de miedo, es cobarde a la vista de la lucha y el hierro. Mas cuando es objeto de ultraje en lo relativo al lecho, no existe otra mente más asesina.

CORIFEO.- Lo haré. Pues justamente castigarás a tu marido, Medea. Y no me causa asombro que tú lamentos tus infortunios. Mas he aquí que veo acer-

carse a Creonte, soberano de esta tierra, mensajero de nuevas decisiones. 270

(Entra por la derecha el anciano rey Creonte)

CREONTE.- A ti, a la de semblante sombrío, a la airada con su esposo, Medea, te conmino a marchar fuera de esta tierra, desterrada, llevándote contigo a tus dos hijos, y sin demorarte. Yo, en tanto árbitro de esta orden, no voy a regresar a palacio antes de haberte expulsado fuera de los límites de esta tierra.

MEDEA.- ¡Ay! Destruida por completo, desdichada, acabada estoy, pues mis enemigos despliegan por completo sus velas y no hay desembarco accesible de esta ruina. Mas te voy a hacer una pregunta, a pesar de la mala situación en que me encuentro, ¿por qué me haces salir de esta tierra, Creonte? 280

CREONTE.- Tengo miedo de que tú, no hay que andarse en absoluto con rodeos, causes a mi hija un mal irreparable. Muchos indicios contribuyen a ello: sabia eres por naturaleza y conocedora de muchos maleficios, y estás dolida al verte privada del lecho de tu esposo. Y oigo que tú amenazas, según me relatan, con que vas a hacer algo contra el que la dio en matrimonio, contra el que la desposó y contra la desposada. Así pues, antes de que esto ocurra, me pondré en guardia. Más me vale que tú me odies ahora, mujer, a que, por ablandarme, después lllore en demasía. 290

MEDEA.- ¡Ay, ay! No ahora por vez primera, sino muchas veces, Creonte, mi fama me ha dañado y me ha causado grandes males. Preciso es que el hombre sensato por naturaleza nunca instruya a sus hijos como personas excesivamente sabias, pues, aparte de la fama de holgazanes que tienen, se granjean la hostil envidia de los ciudadanos. Y es que si a los necios les procuras nuevos saberes, tendrás fama de ser de natural inútil y no sabio. Si te consideras superior a los que tienen fama de poseer saberes variopintos, aparecerás en tu ciudad como persona molesta. Y yo misma comparto esta suerte. Pues al ser sabia, a unos les resulto odiosa, [a otros indolente y a otros lo contrario,] y a otros, a su vez, hostil. Mas yo soy no en exceso sabia. Pero tú, efectivamente, me tienes miedo, ¿de que te cause algún daño? No es esa mi intención, no me temas, Creonte, no estoy en condiciones de faltar contra gente de estirpe real. Pues tú, ¿en qué me has agraviado? Entregaste tu hija a quien te indujo tu ánimo. Mas a mi esposo lo odio. Pero tú, creo, que actuaste con sensatez. Y ahora no tengo envidia de que te marchen bien las cosas. Celebrad la boda, sed felices. Pero dejadme habitar esta tierra. Pues, aunque hemos sido objeto de injusticia, guardaremos silencio, vencidos por los más poderosos.

CREONTE.- Dices cosas dulces de oír, pero dentro de mi alma albergo el temor de que estés tramando alguna maldad. Y aún menos que antes confío en ti. Pues de una mujer de ánimo irritado, al igual que de un

hombre, resulta más fácil precaverse que de un sabio silencioso. Vete, pues, lo más rápido que puedas, no digas palabra, pues mi decisión está tomada y no tienes medio de permanecer entre nosotros, pues me eres hostil. 320

MEDEA.- (*Se abraza a las rodillas de Creonte*) ¡No, por tus rodillas y por la joven recién casada!

CREONTE.- Malgastas tus palabras, pues no podrías convencerme nunca.

MEDEA.- ¿Pero es que vas a expulsarme y no vas a respetar en absoluto mis súplicas?

CREONTE.- Es que no te aprecio a ti más que a mi familia.

MEDEA.- ¡Oh patria, cuánto me acuerdo de ti ahora!

CREONTE.- Salvo los hijos me es con mucho lo más querido.

MEDEA.- ¡Ay, ay, para los mortales los amores cuán gran mal son! 330

CREONTE.- Según, creo, se presenten las circunstancias también.

MEDEA.- ¡Zeus, ojalá no te pase desapercibido el culpable de estos males!

CREONTE.- Márchate, insensata, y líbrame de los sufrimientos.

MEDEA.- †Yo sí que sufro sin tener necesidad de sufrimientos.†

CREONTE.- Pronto serás expulsada a la fuerza a manos de mis servidores.

MEDEA.- Eso no, Creonte, te lo suplico.

CREONTE.- Molestias me vas a causar, según parece, mujer.

MEDEA.- Iremos al destierro. No es eso lo que suplico obtener de ti.

CREONTE.- ¿Por qué ofreces resistencia y no te apartas de mi mano?

340 MEDEA.- Déjame que me quede este solo día y medite de qué modo iremos al destierro y consigo recursos para mis hijos, ya que su padre no estima en nada procurárselos a sus hijos. Compadécete de ellos, pues también tú eres padre de hijos y es natural que tengas benevolencia con ellos. Pues mi preocupación no es por lo mío, por la eventualidad de mi destierro, sino que lloro por aquéllos y por su infortunio.

350 CREONTE.- Mi voluntad no es por naturaleza en modo alguno tiránica, y por compasión muchas veces me he perdido. Y ahora estoy viendo el error que cometo, mujer, mas, con todo, obtendrás lo que pides. Pero te lo advierto, si la próxima antorcha del dios te ve a ti y a tus hijos dentro de los límites de esta tierra, morirás. Estas palabras que te he dicho no son en falso. [Mas ahora, si tienes que quedarte, quédate por un día,

pues no harás ninguna acción espantosa de las que me aterran.]

(Creonte abandona la escena por la derecha)

CORIFEO.- *¡Ay, ay, desdichada por tus pesares, infortunada mujer! ¿A dónde te dirigirás ahora? ¿Hacia qué hospitalidad? ¿Qué casa o tierra que te salve de tus males [encontrarás]? ¡A qué infranqueable oleaje de males te ha llevado la divinidad, Medea!* 360

MEDEA.- Mal me han ido las cosas por doquier. ¿Quién lo negará? Mas así no quedará esto, no lo creáis. Todavía les quedan pruebas a los recién casados y no pequeñas penas a sus parientes. ¿Crees que yo habría halagado a éste alguna vez si no fuera a sacar algún provecho o estuviera tramando algo? Ni le hubiera dirigido la palabra ni le hubiera tocado con mis manos. Mas él ha llegado a tal punto de locura que, siéndole posible arruinar mis planes con mi expulsión de esta tierra, me ha concedido quedarme este día, en el que convertiré en cadáveres a tres enemigos míos, al padre, a la hija y a mi esposo. Teniendo muchos caminos de muerte para ellos, no sé de cuál echar mano en principio, amigas. ¿Acaso prenderé fuego a la casa de los novios, o bien clavaré agudo puñal en su hígado, introduciéndome en silencio en palacio, allí donde se extiende su lecho? Mas existe para mí un solo obstáculo. Si soy prendida cuando franquee el palacio y esté ejecutando mi plan, si muero, daré que reír a mis enemigos. Lo mejor es el camino directo, en el que soy por naturaleza especialmente sabia, matarlos con 370 380

venenos. Bien. Ya están muertos. ¿Qué ciudad me acogerá? ¿Qué huésped, ofreciéndome una tierra inviolable y una casa con garantía, va salvar a mi persona? No existe. Tras aguardar, pues, aún un breve tiempo, por si se me muestra una torre segura, me encaminaré al asesinato con dolo y en silencio. Mas
 390 si una desgracia inevitable me expulsa al destierro, yo misma tomando la espada, aunque vaya a morir, los mataré, y llegaré al punto extremo de la audacia. Pues, por la señora a la que venero más que a ninguna y escogí como cómplice, por Hécate, que habita en lo más recóndito de mi hogar, nadie, alegrándose, va a causar dolor a mi corazón. Amargos y tristes
 400 esponsales les daré yo, amargo enlace y exilio mío de esta tierra. Ea, pues, Medea, no escatimes nada de lo que sabes, tanto en planificación como en artimañas. Avanza hacia el peligro, ahora es la prueba de tu valor. ¿Ves lo que te pasa? No debes pagar el tributo del escarnio por esta boda de una descendiente de Sísifo con Jasón, tú la hija de un padre noble y descendiente del Sol. Y eres experta. Además, las mujeres, por naturaleza, somos incapaces para lo bueno, pero las más hábiles artífices de todo lo malo.

Estrofa 1

410 CORO.- *Contra corriente fluyen las aguas de los ríos sagrados, y la justicia y todo se vuelve del revés. Entre los hombres dolosas decisiones y la fe en los dioses ya no es firme. Las leyendas darán un giro hasta que mi vida logre buena fama. Llega el presti-*

gio para la estirpe femenina. La mala fama ya no afectará a las mujeres. 420

Antístrofa 1

Y las musas de los antiguos poetas dejarán de cantar mi perfidia. Pues en nuestra mente Febo, señor de los cantos, no infundió el divino canto de la lira, pues ya hubiese replicado yo en tal caso con un himno contra la estirpe de los varones. Pero el largo curso del tiempo puede decir muchas cosas de nuestro destino y del de los hombres. 430

Estrofa 2

Tú has navegado desde la casa paterna con enloquecido corazón, franqueando las dobles rocas del ponto, y en extraña tierra habitas tras perder tu lecho conyugal por falta de marido, desdichada, y desterrada, sin honor, eres expulsada del país.

Antístrofa 2

Se ha esfumado el respeto a los juramentos, ya el pudor en absoluto reside en la gran Hélade y ha echado a volar al éter. Tú no tienes ya la casa de tu padre, desdichada, para cambiar de fondeadero lejos de tus penas, y otra princesa más fuerte que tu lecho está al frente de palacio. 440

(Entra Jasón por la derecha)

JASÓN.- No por primera vez he visto ahora cuán irremediable mal es una acerba cólera. Pues, aunque tenías la posibilidad de habitar esta tierra y esta casa, de

haber sobrellevado mansamente las decisiones de los
450 más poderosos, por tus vanas palabras vas a ser desterrada de esta tierra. A mí en absoluto me importa. No dejes nunca de decir que Jasón es el hombre más miserable. Mas lo que ha sido dicho por ti contra los reyes, considera que es todo ganancia si eres castigada con el exilio. Yo continuamente he intentado calmar la cólera de los reyes irritados y quise que te quedaras. Pero tú no cejas en tu locura, ultrajando verbalmente de continuo a los reyes. Por ello serás expulsada de esta tierra. Sin embargo, aun con lo ocurrido, sin renegar de los
460 míos, aquí vengo, mirando por tu interés, mujer, a fin de que no vayas al destierro con tus hijos sin dinero ni carente de todo. Muchos males acarrea consigo el destierro. Pues, aunque tú me odies, yo no podría nunca quererte mal.

MEDEA.- ¡Oh colmo de maldades!, pues este es el mayor insulto que te puedo decir con mi lengua ante tu falta de hombría. ¿Has venido ante nosotros, has venido a pesar de ser nuestro peor enemigo [para los dioses, para mí y para la raza humana toda]? Ciertamente
470 esto no es audacia ni valor, haciendo mal a los amigos mirarlos de frente, sino que es la mayor de todas las enfermedades entre los hombres, la desvergüenza. Mas has hecho bien en venir, pues yo aliviaré mi alma al insultarte y tú sufrirás al escuchar. Primero comenzaré a hablar por el principio. Te salvé, como saben cuantos griegos embarcaron contigo en el mismo casco de la Argo, cuando fuiste enviado a uncir bajo el yugo a los toros que respiraban fuego y a sembrar el

mortífero campo. Y a la serpiente, que abrazando el 480
áureo vellocino con los múltiples repliegues de sus
anillos insomne lo guardaba, la maté e hice surgir para
ti una luz salvadora. Yo misma, traicionando a mi
padre y a mi casa, contigo me fui a Yolco, en la Pelió-
tide, más apasionada que sabia. Y maté a Pelias, como
precisamente es más doloroso morir, a manos de sus
propias hijas, y arruiné toda su casa. Y, tras recibir este
trato por mi parte, ¡oh el más malvado de los hom-
bres!, nos has traicionado y te has conseguido un 490
nuevo lecho, aun habiendo hijos por medio. Pues si
aún no tuvieras hijos, habría sido disculpable tu amor
por ese lecho. Se ha desvanecido la confianza en los
juramentos, y no puedo saber si crees que los dioses de
entonces ya no imperan o bien que hay nuevas leyes en
la actualidad para los hombres, pues eres consciente de
que en lo que a mí respecta no has sido fiel a los jura-
mentos que hiciste. ¡Ay, mano derecha, que tantas
veces tú cogiste, así como mis rodillas, cuán vana-
mente recibimos caricias de un hombre malvado y
cómo hemos visto decepcionadas nuestras esperanzas!
¡Ea! Como si fueras un amigo voy a conversar contigo
(¿porque crea que voy a conseguir de ti algún benefi- 500
cio? No, sino que con mis preguntas pondrás más en
evidencia tu desvergüenza). ¿Adónde me volveré
ahora? ¿Acaso a la casa de mi padre a la que traicio-
nando por ti, así como a mi patria, vine aquí? ¿O a la
de las desdichadas Pelíades? Bien me iban a acoger
efectivamente en su casa ellas, a cuyo padre maté. Así
están las cosas. A los seres queridos de mi casa me he

510 hecho odiosa, y a los que yo no tenía que causar mal, por darte satisfacción, los tengo como enemigos. Pues bien, en compensación me has hecho feliz a los ojos de muchas griegas. Un admirable y fiel esposo tengo en ti yo, desdichada, si he de partir al destierro expulsada de esta tierra, privada de amigos, sola, con mis hijos sólo. Bonito reproche para el recién casado, el que sus hijos anden errantes como mendigos, así como la que te salvó. ¡Oh Zeus!, ¿por qué diste a los hombres pruebas claras del oro falso y, en cambio, en el cuerpo de los hombres no imprimiste ninguna marca para reconocer al malvado?

520 CORIFEO.- Terrible y difícil de calmar es la cólera cuando entablan disputa seres queridos contra seres queridos.

530 JASÓN.- Es preciso que yo, según parece, no sea inepto en el hablar, sino que, como diestro timonel de un navío, con la parte de abajo del velamen debo escapar, mujer, a tu vocinglera locuacidad. Yo, por mi parte, pienso, ya que tanto exaltas tus favores, que Cipris es la única salvadora de mi expedición tanto entre los dioses como entre los hombres. Y tú tienes una mente sutil, pero te resulta odioso reconocer que Eros te obligó con sus inevitables flechas a salvar a mi persona. Mas no daré detalles en exceso sobre este asunto. El modo en que me has ayudado, no está mal. Sin embargo, de mi salvación has recibido más de lo que has dado, según yo te voy a explicar. En primer lugar habitas tierra griega en lugar de país bárbaro y conoces la justicia y usas las leyes sin concesiones a la fuerza.

Todos los griegos saben que eres sabia y tienes fama. 540
Mas si habitaras en los últimos confines de la tierra, no
se hablaría de ti. No quisiera yo, por mi parte, ni oro
en mi casa ni entonar cantos más bellos que los de
Orfeo, si no iba a tener una fortuna ilustre. Bastante te
he dicho sobre mis desvelos, pues tú provocaste esta
contienda de palabras. En cuanto a tus reproches por
mis bodas reales, demostraré que, en esto, en primer
lugar he sido sabio, luego prudente, y además, gran
amigo tuyo y de mis hijos. (*Medea se muestra indignada ante lo que oye*) Pero ¡mantente en calma! Cuando 550
me trasladé aquí desde la tierra de Yolco,
arrastrando conmigo muchas desgracias irremedia-
bles, ¿qué hallazgo más feliz podría encontrar yo que
tomar como esposa a la hija del rey siendo yo un des-
terrado? No lo hice por lo que te atormenta, por odio a
tu lecho y sentirme herido por el deseo de una nueva
esposa, ni por interés de entrar en competición por
tener mucha descendencia, pues me son suficientes los
nacidos y no tengo reproche alguno, sino, lo principal,
porque lleváramos una vida feliz y no careciéramos de 560
nada, conociendo que al amigo pobre todo el mundo lo
rehuye, y porque criáramos a mis hijos de la forma que
mi casa merece, y, engendrando hermanos para los
hijos nacidos de ti, ponerlos en plano de igualdad y
conseguir yo la felicidad mediante la unión de mi lina-
je. Pues tú, ¿qué necesidad tienes de hijos? Yo tengo
interés en ayudar con los futuros hijos a los que ya
viven. ¿Acaso he deliberado mal? Ni tú lo dirías, si no
te atormentara tu lecho. Pero a tal punto habéis llega-
do las mujeres que, si los asuntos de alcoba os van 570

bien, creéis tenerlo todo, pero, a su vez, si alguna desgracia le sobreviene a vuestro lecho, lo mejor y más bello lo convertís en lo más hostil. Así pues, preciso sería que los mortales engendraran sus hijos de cualquier otra forma y que no existiera la estirpe femenina, y así no habría desgracia alguna para los hombres.

CORIFEO.- Jasón, bien has adornado estas palabras. Mas, en mi opinión, aunque voy a hablar contra tu punto de vista, me parece que cometes una acción injusta al traicionar a tu esposa.

580 MEDEA.- Desde luego difiero de muchos mortales en muchas cosas. Pues para mí quien, siendo injusto, por naturaleza es hábil en hablar, merece el mayor castigo. En efecto, vanagloriándose de prestar una hermosa envoltura a la injusticia con su lengua, osa cometer toda clase de maldades. Mas no es sabio en exceso. Así también tú. No te presentes ante mí como decente y hábil de palabras, pues una sola palabra dará contigo en tierra. Deberías, si no fueras un malvado, contraer este matrimonio tras haberme persuadido, pero no sin comunicárselo a los tuyos.

590 JASÓN.- ¡Buena ayuda, creo, hubieras prestado a este plan, si te hubiera hablado de mi boda, tú, que ni siquiera osas ahora mitigar la enorme cólera de tu corazón!

MEDEA.- No era eso lo que te lo impedía, sino que un lecho bárbaro, en tu vejez, no te iba a reportar buena fama.

JASÓN.- Sabe bien lo siguiente, no por una mujer me he unido al lecho real que ahora poseo, sino, como te dije también antes, por querer salvarte a ti, y engendrar, de la misma simiente que mis hijos, unos hijos reales, baluarte para mi casa.

MEDEA.- ¡No tenga yo una vida feliz, pero dolorosa, ni una felicidad que atormente mi alma!

JASÓN.- Sabes que puedes cambiar el sentido de tu súplica y mostrarte más sensata: que lo bueno no te parezca penoso jamás, ni en la buena fortuna creas ser infortunada. 600

MEDEA.- ¡Sé insolente, pues tú tienes un refugio y, en cambio, yo, sola, seré desterrada de esta tierra!

JASÓN.- Tú misma lo elegiste, a ningún otro echas la culpa.

MEDEA.- ¿De hacer qué? ¿Acaso de haberme casado y haberte traicionado?

JASÓN.- De lanzar contra los reyes impías maldiciones.

MEDEA.- También para tu casa resulto por ventura una maldición.

JASÓN.- No voy a discutir contigo más sobre este asunto. Pero si quieres recibir de mis riquezas una ayuda para los niños o para ti por el destierro, dilo, pues estoy dispuesto a dártela con generosa mano, y a enviar contraseñas a mis huéspedes, que te tratarán bien. Y si no quieres esta oferta, es que estás loca, mujer. Y si pones fin a tu cólera tendrás mejores ganancias. 610

MEDEA.- Ni me podría valer de tus huéspedes ni podría aceptar nada, ni me lo ofrezcas, pues los dones de un hombre malvado no acarrearán provecho.

620 JASÓN.- Mas yo pongo a los dioses por testigos de que quiero ayudaros en todo tanto a ti como a tus hijos. Pero a ti no te agradan las cosas buenas, sino que por arrogancia rechazas a los amigos. Por ello mayor será tu dolor.

MEDEA.- Vete, pues te domina el deseo de la reciente esposa, ya que llevas tiempo sin tener a la vista el palacio. Sigue disfrutando de tu esposa, pues quizás —dios me escuche— estás celebrando una boda tal que la lamentarás.

(Jasón sale por la derecha)

Estrofa 1

630 CORO.- *Los amores que se presentan con gran desmesura no conceden a los hombres ni buena fama ni virtud, mas si Cipris se presenta con mesura, no hay ninguna otra diosa tan grata. ¡Nunca, oh señora, dispares contra mí desde tu áureo arco un dardo inevitable tras unirlo de pasión!*

Antístrofa 1

640 *¡Ojalá me ame la templanza, el don más hermoso de los dioses! ¡Que nunca la terrible Cipris, golpeando mi ánimo con el deseo de lechos ajenos, arroje contra mí un temple pendenciero ni querellas insaciables, sino que, respetando las uniones pacíficas, con lúcida mente juzgue los lechos de las mujeres!*

Estrofa 2

¡Oh patria, oh palacio, que no me convierta en desterrada, llevando una vida de impotencia difícil de transitar, la más lamentable de las penas! ¡Por la muerte, por la muerte sea yo domeñada antes de alcanzar ese día! No hay otro sufrimiento peor que verse privado de la tierra patria. 650

Antístrofa 2

Lo hemos visto, no por boca de otros puedo referir este relato. Pues de ti ni ciudad ni amigo alguno se compadeció, aun sufriendo tú los más terribles de los sufrimientos. ¡Perezca el ingrato que no es capaz de honrar a sus amigos abriendo la llave de su puro corazón! Para mí nunca será amigo. 660

*(Aparece en escena por la izquierda
Egeo, rey de Atenas)*

EGEO.- ¡Salud, Medea! Pues nadie conoce un prelude más hermoso que éste para dirigirse a los amigos.

MEDEA.- ¡Salud también tú, Egeo, hijo del sabio Pandión! ¿Desde dónde vienes al suelo de esta tierra?

EGEO.- Acabo de dejar el antiguo oráculo de Delfos.

MEDEA.- ¿Por qué fuiste al profético ombbligo de la tierra?

EGEO.- Para inquirir cómo podría lograr descendencia de hijos.

MEDEA.- ¡Por los dioses! ¿Sin hijos has vivido hasta hoy? 670

EGEO.- Sin hijos estoy por designio de alguna divinidad.

MEDEA.- ¿Tienes esposa o no conoces el lecho?

EGEO.- No estoy desuncido del lecho conyugal.

MEDEA.- ¿Y qué, pues, te dijo Febo respecto a los hijos?

EGEO.- Palabras demasiado sabias como para que las comprenda un hombre.

MEDEA.- ¿Es lícito que nosotros conozcamos el oráculo del dios?

EGEO.- Sí, por cierto, pues requiere una mente sabia.

MEDEA.- ¿Cuál, pues, fue el oráculo? Dilo, si es lícito oírlo.

EGEO.- Que no desate yo el pie que sobresale del odre...

680 MEDEA.- (*Interrumpiendo*) ¿Antes de que lleves a cabo qué acción o llegues a qué país?

EGEO.- Antes de que regrese al hogar paterno.

MEDEA.- Mas a ti ¿qué necesidad te ha impulsado a navegar a esta tierra?

EGEO.- Hay un cierto Piteo, soberano de la tierra de Trecén...

MEDEA.- Hijo muy piadoso, según dicen, de Pélope.

EGEO.- A éste quiero consultarle el oráculo del dios.

MEDEA.- Efectivamente es un hombre sabio y experto en tales cuestiones.

EGEO.- Y además es para mí el más querido de todos mis aliados.

MEDEA.- ¡Que tengas suerte, pues, y consigas lo que anhelas!

EGEO.- (*Fijándose en el aspecto de Medea*) ¿Por qué esa mirada y ese aspecto tan abatido?

MEDEA.- Egeo, mi esposo es para mí el más malvado de todos. 690

EGEO.- ¿Qué dices? Explícame con claridad tu aflicción.

MEDEA.- Jasón me trata injustamente sin que yo le haya hecho nada por mi parte.

EGEO.- ¿Qué es lo que te ha hecho? Explícamelo más claramente.

MEDEA.- Tiene, por encima de mí, otra mujer como señora de su casa.

EGEO.- ¿No habrá osado acción tan vergonzosa?

MEDEA.- Sábelo bien. Despreciados somos los que antes éramos queridos.

EGEO.- ¿Acaso por haberse enamorado de otra o por odio a tu lecho?

MEDEA.- ¡Un gran amor! No es fiel a sus seres queridos.

EGEO.- Váyase a paseo, si, como dices, es un malvado.

MEDEA.- Se enamoró para emparentar con personas de la realeza. 700

EGEO.- ¿Quién le entrega la novia? Termíname tu relato.

MEDEA.- Creonte, quien gobierna en esta tierra corintia.

EGEO.- Comprensible era, pues, que estuvieras afligida, mujer.

MEDEA.- Perdida estoy. Y además soy desterrada de esta tierra.

EGEO.- ¿Por quién? Me estás diciendo otra nueva desgracia.

MEDEA.- Creonte me expulsa como desterrada de la tierra corintia.

EGEO.- ¿Y Jasón lo permite? En absoluto lo apruebo.

710 MEDEA.- No de palabra, pero prefiere resignarse. Mas te lo imploro por tu mentón, por tus rodillas, y me convierto en suplicante tuya, apiádate, apiádate de mí, desdichada, y no consientas verme desterrada, abandonada, sino que, por el contrario, recíbeme en tu país y huésped en tu palacio. ¡Ojalá se vea así satisfecho por los dioses tu deseo de hijos y tú mismo mueras feliz! No sabes el hallazgo que en mí has hallado: pondré fin a tu esterilidad y haré que tú puedas engendrar hijos. Tales remedios conozco.

720 EGEO.- Por muchas razones estoy resuelto a concederte este favor, mujer. En primer lugar por los dioses; luego, por los hijos cuyo nacimiento me anuncias, pues para ello estoy completamente incapacitado. Mis propósitos

son los siguientes: si tú vienes a mi tierra, intentaré darte hospitalidad como es de justicia. [Tan sólo una cosa te advierto, mujer: no es mi intención llevarte fuera de esta tierra.] Mas tú misma, por tu propio pie, aléjate de esta tierra. Y si tú misma te presentas en mi casa, permanecerás inviolable y no te entregaré a nadie, pues quiero estar sin culpas también respecto a mis huéspedes.

730

MEDEA.- Así será. Pero si yo tuviera una garantía de ello, quedaría completamente satisfecha en lo que a ti concierne.

EGEO.- ¿Acaso no tienes confianza? ¿O qué dificultad ves?

MEDEA.- Confianza tengo, pero la casa de Pelias me es hostil, así como Creonte. Si te unces a mí con juramentos, no me entregarías a ellos para que me llevaran fuera de tu país. Pero si sólo lo convienes de palabra y sin jurar por los dioses, podrías hacerte amigo suyo y hacer caso quizás a las solicitudes de sus heraldos. Pues mi situación es débil, mientras que ellos tienen prosperidad y un regio palacio.

740

EGEO.- Gran previsión has mostrado en tus palabras. Mas, si te parece, no renuncio a hacer eso. Pues para mí esto es más seguro, mostrar a tus enemigos que tengo un pretexto, y tu situación será más sólida. Indícame los dioses.

MEDEA.- Jura por el suelo de la Tierra y por el Sol, padre de mi padre, añadiendo toda la raza de los dioses.

EGEO.- ¿Qué cosa hacer o no hacer? Di.

750 MEDEA.- Que tú nunca me expulsarás de tu tierra, y si algún otro de mis enemigos quiere llevarme, tú, mientras vivas, no me dejarás ir voluntariamente.

EGEO.- Lo juro por la Tierra y por la brillante luz del Sol y por todos los dioses que seré fiel a lo que te he oído.

MEDEA.- Tengo suficiente. ¿Y qué sufrirás si no eres fiel a este juramento?

EGEO.- Lo que acaece a los mortales impíos.

MEDEA.- Vete contento, pues todo está bien. Y yo llegaré tan pronto pueda a tu ciudad, una vez que haya hecho lo que pretendo y haya conseguido lo que deseo.

760 CORIFEO.- *(A Egeo, mientras sale de escena por la izquierda) ¡Que el hijo de Maya, el dios que acompaña a los caminantes, te acerque a tu casa y lledes a cabo aquello que con tanto afán proyectas, pues ante mí te has mostrado, Egeo, como un hombre noble!*

770 MEDEA.- ¡Oh Zeus, y Justicia, hija de Zeus, y luz del Sol! Ahora, amigas, seremos gloriosas vencedoras de nuestros enemigos y en camino estamos. Ahora esperanza tengo de que mis enemigos recibirán su castigo, pues este hombre, en el momento en que más apuradas estábamos, ha aparecido como puerto de mis planes. A él ataremos las amarras de popa cuando lleguemos a la ciudad y a la acrópolis de Palas.

Voy a contarte ya todos mis planes. Escucha mis palabras en absoluto placenteras. Enviando a uno de mis criados, le pediré a Jasón que venga ante mi vista. Y cuando llegue le diré dulces palabras: †que yo también soy de esa opinión y que bien está† lo de la boda real, por la que nos ha traicionado, que es, además, cosa conveniente y bien pensada. Le pediré que se queden mis hijos, no con la idea de dejarlos en tierra enemiga [como objeto de ultraje mis hijos para mis enemigos], sino para matar con engaños a la hija del rey. Pues los enviaré con regalos en sus manos, [portándolos para la novia, tratando de evitar así el destierro:] un fino peplo y una corona de oro. Y si toma esos adornos y se los pone en su cuerpo, perecerá de mala manera, así como todo aquel que toque a la joven. Con tales venenos ungiré los regalos. Mas aquí interrumpo este relato. Y rompo en sollozos ante la acción que he de llevar a cabo a continuación, pues mataré a mis hijos. No hay quien los pueda librar. Y tras arruinar toda la casa de Jasón saldré de esta tierra, huyendo de la matanza de mis queridísimos hijos y habiendo osado la acción más sacrílega. Pues no puedo soportar, amigas, ser objeto de burla por parte de mis enemigos. [Bien, ¿qué gano yo con vivir? No tengo patria, ni casa ni refugio de mis males.] Me equivoqué aquel día en que abandoné la casa paterna, fiada en las palabras de un griego, quien, con la ayuda de la divinidad, recibirá su castigo. Ni volverá a ver a los hijos nacidos de mí ni engendrará un hijo de su nueva esposa, pues nece-

sario es que ella, malvada, perezca de mala manera por mis venenos. Que nadie me considere poca cosa ni débil ni indolente, sino de carácter muy distinto, dura para con mis enemigos y benévola para con mis amigos. Pues la vida de tales personas es la más gloriosa.

CORIFEO.- Ya que has compartido este plan con nosotras, como queremos ayudarte y colaborar con las leyes de los mortales, te prohíbo que pongas en práctica estos planes.

MEDEA.- No es posible que sea de otra forma. Mas es comprensible que hables así, ya que no has sido maltratada como yo.

CORIFEO.- Pero ¿te atreverás a matar a tu simiente, mujer?

MEDEA.- Así es como quedará más malherido mi esposo.

CORIFEO.- Pero tú te convertirías en una desdichadísima mujer.

MEDEA.- ¡Ea! Superfluas son todas las palabras de ahora. (*Dirigiéndose a la nodriza*) Vamos, vete y tráeme a Jasón, pues me voy a servir de ti en todas estas misiones de confianza. Mas no digas nada de mis decisiones, si tienes buena disposición para con tu señora y mujer naciste.

(*Sale la nodriza por la derecha*)

Estrofa 1

CORO.- *Los Erecteidas fueron desde antiguo felices e hijos de bienaventurados dioses, de una tierra sagrada y no devastada, nutridos por la más ilustre sabiduría, caminando siempre delicadamente a través del éter más radiante, en donde, una vez, dicen que las nueve puras Musas Piérides engendraron a la rubia Harmonía.* 830

Antístrofa 1

Y es fama que Cipris en las corrientes del Cefiso, de hermoso fluir, extrae moderadas y gratas auras de los vientos para exhalarlas sobre su tierra y que siempre, ciñéndose en sus cabellos una fragante corona de flores de rosas, envía a los Amores como compañeros de la Sabiduría, coartífices de toda virtud. 840

Estrofa 2

¿Cómo, pues, una ciudad de ríos sagrados o una tierra acogedora de amigos va a darte albergue a ti, asesina de tus propios hijos, recinto impío? Considera la herida de tus hijos, considera qué asesinato vas a cometer. No, por tus rodillas, con toda nuestra alma te lo suplicamos, no mates a tus hijos. 850

Antístrofa 2

¿De dónde †sacarás valor, bien sea de tu mente bien sea en tu mano, para llevar contra el corazón de tus hijos tan terrible audacia? † ¿Cómo, cuando dirijas la vista a tus hijos, vas a mantenerte sin llorar su destino de muerte? No podrás, cuando tus hijos se te pos- 860

tren como suplicantes, teñir tu mano de sangre con ánimo impasible.

(Entra Jasón en escena por la derecha)

JASÓN.- Acudo a tu llamada, pues, aunque me eres hostil, no podías verte defraudada en esto, sino que estoy dispuesto a escucharte: ¿qué cosa nueva quieres de mí, mujer?

870 MEDEA.- Jasón, te pido que me perdones lo que antes te dije. Es lógico que tú soportes mis arrebatos, pues entre los dos ha habido muchas pruebas de amor. Yo he reflexionado conmigo misma y me hecho los siguientes reproches: «¡Infeliz! ¿A qué esta locura y hostilidad contra los que han deliberado bien? ¿Por qué hacerme enemiga de los soberanos de esta tierra y de mi esposo, quien hace lo que más nos conviene al casarse con la princesa y pretender engendrar hermanos para mis hijos? ¿No voy a poner fin a esta cólera? 880 ¿Qué me pasa, si los dioses proveen bien? ¿No tengo hijos y sé que somos unos desterrados y carecemos de amigos?» Al meditar esto, me di cuenta de mi gran imprudencia y de que estaba irritada vanamente. Ahora, pues, te alabo y me parece que actúas con sensatez al procurarnos estos lazos de parentesco; yo, en cambio, una insensata, en tanto que debería haber participado en estos planes y colaborado contigo y debería haber estado junto a tu lecho y sentir alegría al cuidar de tu nueva esposa. Mas somos como somos, no 890 diré una calamidad, sino mujeres. No deberías, pues, haberte puesto a la altura de estas "calamidades", ni replicar con niñerías a mis niñerías. Lo admito y afirmo que entonces fui una insensata, pero ahora he pen-

sado esto mejor. (*Dirigiéndose a sus hijos, que se hallan en palacio*) ¡Hijos, hijos, abandonad la casa! (*Salen los hijos de palacio conducidos por el pedagogo*) Salid, abrazad a vuestro padre y dirigidle la palabra conmigo, y a la vez con vuestra madre renunciad a la anterior enemistad hacia los seres queridos. Pues hemos hecho las paces y la cólera ha cesado. Coged su mano derecha. (*Hablando consigo misma*) ¡Ay de mí, cómo me vienen al pensamiento desgracias ocultas! 900
 ¿Acaso, hijos, viviendo largo tiempo, me seguiréis abrazando así? ¡Desdichada de mí, qué pronta estoy al llanto y qué llena de miedo! Cuando he terminado por fin la disputa con vuestro padre, he llenado de lágrimas mis tiernos ojos.

CORIFEO.- También a mí me ha brotado de los ojos fresco llanto. Ojalá un mal mayor no supere al del presente.

JASÓN.- Alabo esta actitud tuya, mujer, y no te reprocho la anterior. Pues es natural que la raza femenina monte en cólera †contra el esposo cuando contrae fraudulentamente un nuevo matrimonio.† Pero tu corazón ha tornado a lo mejor, y has reconocido, con el tiempo, la decisión vencedora. Es ésa acción propia de mujer sensata. Y a vosotros, hijos, no irreflexivamente vuestro padre os ha procurado una gran salvación con ayuda de los dioses. Pues creo que vosotros tendréis la primacía de esta tierra corintia junto con vuestros futuros hermanos. Ea, creced, lo demás lo llevará a cabo vuestro padre y el dios que nos sea propicio. ¡Ojalá vea yo que bien criados llegáis a la flor de la juventud, superiores a mis enemigos! Y tú, ¿por qué 920

empapas tus pupilas con tiernas lágrimas, volviendo tu blanca mejilla, y no acoges con agrado estas palabras mías?

MEDEA.- Nada. Es que estaba pensando en estos hijos.

JASÓN.- Ánimo. Yo dispondré todo para su bien.

MEDEA.- Así haré. No desconfiaré de tus palabras, pero la mujer es débil por naturaleza y propensa a las lágrimas.

JASÓN.- ¿Por qué gimes tanto por estos hijos?

930 MEDEA.- Yo los parí. Mas cuando manifestabas vivo deseo de que tus hijos prosiguieran su vida, me embargó la compasión ante la duda de si esto ocurrirá. Mas de las cuestiones que precisamente has venido a tratar conmigo, unas ya están habladas y otras yo te las voy a recordar. Puesto que al rey le ha parecido bien desterrarme de esta tierra (también para mí esto es lo mejor, lo sé bien, no habitar aquí siendo un estorbo para ti y para los reyes de esta tierra, ya que les parezco hostil para su casa) partiré de esta tierra al destierro, mas
940 para que los niños sean criados por tu mano, pide a Creonte que no los haga salir desterrados de este suelo.

JASÓN.- No sé si lo voy a convencer, mas hay que intentarlo.

MEDEA.- Tú ruega a tu esposa que pida a su padre que los niños no salgan desterrados de este suelo.

JASÓN.- Con sumo interés, y creo yo que lograré persuadirla, si es una mujer como las demás.

MEDEA.- Mas también yo voy a cooperar contigo en

esta empresa. Pues le enviaré a los niños con unos regalos que son con mucho, bien lo sé yo, los más hermosos que hay ahora entre los hombres, [un fino peplo y una corona de oro]. Ea, es preciso que cuanto antes uno de los criados nos traiga esos adornos. Y será feliz no una sino innumerables veces, porque te ha conseguido a ti como compañero de lecho, un hombre excelente, y porque es ya dueña de los adornos que un día el Sol, padre de mi padre, dio a sus descendientes. Coged esta dote, hijos, en vuestras manos y llevádsela a la princesa, novia feliz, entregádsela. Ciertamente no son despreciables los regalos que va a recibir. 950

JASÓN.- ¿Por qué, insensata, te vas a quedar con las manos vacías sin ellos? ¿Crees que el palacio real anda escaso de peplos o crees que de oro? Consérvalos, no los des. Pues si mi mujer me tiene en alguna estima, me antepondrá a la riqueza, bien lo sé yo. 960

MEDEA.- No me digas tú eso. Se dice que los regalos persuaden incluso a los dioses, y el oro tiene más poder para los mortales que miles de palabras. De su parte está el destino, sus asuntos los favorece en estos momentos la divinidad, es joven y reina. A cambio del destierro de mis hijos daría yo mi vida, no sólo oro. Ea, hijos, entrando en el rico palacio, suplicad a la nueva esposa de vuestro padre, y señora mía, pedidle que no seáis desterrado del país, dándole los adornos, pues es esto lo que más se precisa, que reciba ella estos 970

regalos en sus manos. Id lo más rápido posible y ojalá para vuestra madre, de lo que desea conseguir, seáis mensajeros de buenas nuevas porque todo ha salido bien.

(Jasón, el pedagogo y los niños con los regalos se marchan por la derecha)

Estrofa 1

980 CORO.- *Ahora ya no tengo esperanzas de vida para los niños, ya no, pues caminan hacia la muerte ya. Recibirá la desposada, recibirá, la infortunada, la calamidad de la áurea diadema. Y en derredor de su rubia cabellera pondrá ella misma con sus manos el adorno de Hades.*

Antístrofa 1

El encanto y el inmortal brillo la inducirán a ceñirse el peplo y la corona de oro trabajada, y ya entre los muertos vestirá traje nupcial. En tal red y destino de muerte caerá la desdichada, y de la perdición no logrará escapar.

Estrofa 2

990 *Y tú, desdichado, mal marido, que te has emparentado con reyes, a los niños, sin saberlo, a sus vidas llevas la destrucción y a tu esposa una muerte abominable. ¡Desgraciado, en cuanto a tu destino cuán equivocado estás!*

Antístrofa 2

Lloro además por tu dolor, oh desdichada madre de los niños, que vas a asesinar a causa del lecho nupcial que tu esposo ha abandonado ilícitamente para cohabitar con otra compañera de alcoba. 1000

(Regresa por la derecha el pedagogo con los niños)

PEDAGOGO.- Señora, ya están estos hijos tuyos libres del destierro, y la regia novia ha recibido en sus manos, con gusto, los regalos. Por aquella parte ya hay paz para tus hijos. ¡Eh! ¿Por qué estás turbada ahora que eres afortunada? [¿Por qué vuelves tu mejilla y no acoges con agrado estas palabras mías?]

MEDEA.- ¡Ay, ay!

PEDAGOGO.- Esto no concuerda con lo que te he anunciado.

MEDEA.- ¡Ay, ay, una vez más!

PEDAGOGO.- ¿Acaso, sin saberlo, estoy anunciando una desgracia y me he equivocado al creer que era una buena noticia? 1010

MEDEA.- Tus noticias son como son, no te estoy censurando.

PEDAGOGO.- ¿A qué vienen entonces esos ojos tristes y ese torrente de lágrimas?

MEDEA.- La necesidad me apremia, anciano, pues los dioses y yo, en mi insana mente, así lo hemos maquinado.

PEDAGOGO.- Ánimo. También tú retornarás algún día con la ayuda de tus hijos.

MEDEA.-A otros sí que mandaré yo bajo tierra antes, desgraciada de mí.

PEDAGOGO.- No eres tú la única que te separas de tus hijos. Siendo mortal hay que sobrellevar mejor las desgracias.

1020 MEDEA.- Eso haré. Mas entra en casa y procura a los niños lo que precisan cotidianamente. (*El pedagogo sale de escena*) ¡Oh hijos, hijos! Ya tenéis ambos una ciudad y una morada, en la que, tras haberme abandonado a mí, desdichada, viviréis siempre privados de vuestra madre. Yo, en cambio, iré a otra tierra como desterrada, antes de haber gozado de vosotros y de veros felices, antes de haberos dispuesto el baño, una esposa y el lecho conyugal y levantar en alto las antorchas. ¡Oh desdichada por mi orgullo! En vano, oh
1030 hijos, os crié, en vano pené y me consumí en esfuerzos, soportando los duros dolores del parto. En verdad, desdichada, tenía depositadas muchas esperanzas en vosotros, que me alimentaríais en mi vejez, y que, una vez muerta, me enterraríais piadosamente con vuestras manos, cosa envidiable para los mortales. Ahora muerto está este dulce pensamiento. Privada de ambos, en efecto, llevaré una vida triste y penosa por mi parte. Y vosotros ya no veréis a vuestra madre con esos queridos ojos, pues habréis pasado a otra forma de vida.
1040 ¡Ay, ay! ¿Por qué me miráis con esos ojos, hijos? ¿Por

qué me sonreís con esa última sonrisa? ¡Ay! ¿Qué voy a hacer? Mi corazón desfallece, mujeres, cuando veo la mirada brillante de mis hijos. No podría hacerlo. ¡Adiós a mis planes de antes! Me llevaré a mis hijos fuera de esta tierra. ¿Por qué tengo, por hacer sufrir a su padre con los males de ellos, que acarrearne dobles males? Por mi parte no. ¡Adiós a mis planes! Pero, ¿qué me está pasando? ¿Quiero ser el hazmerreír de mis enemigos dejándolos sin castigo? Hay que atreverse a ello. Mas es propio de mi cobardía el acoger incluso blandos pensamientos en mi mente. Entrad, niños, en casa. Y a quien no le sea lícito asistir a mis sacrificios, es cosa suya. No dejaré inerte mi mano. [¡Ay, ay! ¡No, corazón mío, no cometas esta acción! ¡Déjalos, desdichado, perdona a mis hijos! Viviendo allá conmigo, te darán alegría. ¡No, por los vengadores subterráneos del Hades, jamás será posible que yo deje mis hijos a mis enemigos para que los ultrajen! Es de todo punto necesario que ellos mueran, y ya que es preciso, nosotros les daremos muerte, quienes precisamente les hemos dado el ser. Esto está totalmente decidido y no hay escapatoria. Ahora, con la corona sobre su cabeza y envuelta en su peplo, la regia novia perece, bien lo sé yo. Mas, puesto que voy a tomar el camino más penoso y a éstos los voy a enviar por uno aún más penoso, quiero dirigir la palabra a mis hijos. Dad, oh hijos, dad a vuestra madre para que la bese vuestra mano derecha. ¡Oh queridísima mano, queridísima boca, figura y rostro noble de mis hijos! ¡Ojalá seáis felices ambos, pero allá! Pues lo de aquí os lo ha arrebatado

1080 vuestro padre. ¡Oh dulce abrazo, oh suave piel y aliento
 dulcísimo de mis hijos! ¡Marchad, marchad! Pues no soy
 capaz de dirigir la mirada †a vosotros†, sino que soy
 vencida por las desgracias. Comprendo asimismo qué
 clase de maldades voy a cometer, pero más poderosa que
 mis reflexiones es mi pasión, que precisamente es causa
 de los mayores males para los mortales.]

1090 CORIFEO.- *Ya en muchas ocasiones he transitado entre
 palabras más sutiles y he llegado a disputas mayores
 que las que el linaje femenino debe abordar. Mas tam-
 bién nosotras tenemos una Musa que tiene trato con
 nosotras con objeto de darnos sabiduría, aunque no a
 todas, sino que sólo una pequeña parte del linaje de las
 mujeres (<una sola> entre muchas quizás podrías
 encontrar) no resulta ajena a las Musas. Y afirmo que
 entre los mortales quienes por completo carecen de
 experiencia y no han procreado hijos aventajan en dicha
 a los que los han engendrado. Los que no tienen hijos,
 al no tener experiencia de si los hijos son cosa dulce o
 triste para los mortales, por no haberlos tenido, se
 libran de muchas penalidades. Quienes, en cambio, tie-
 1100 nen en sus casas un dulce plantel de hijos, los veo todo
 el tiempo agobiados por su cuidado: primero, cómo
 criarlos bien y de dónde les dejarán a sus hijos un medio
 de vida; y luego es cosa incierta si se están esforzando
 por unos hijos malos o por unos buenos. Pero ahora voy
 a decir el peor mal de todos para todos los mortales:
 encontraron incluso medio de vida suficiente, el cuerpo
 de sus hijos ha alcanzado la flor de la juventud y son*

buenos, pero si lo dispuso así el destino, la muerte los encamina hacia el Hades llevándose por delante el cuerpo de los hijos. ¿Cómo, pues, va a compensar que los dioses a los otros dolores añadan este tristísimo dolor para los mortales por causa de los hijos? 1110

MEDEA.- Amigas, hace tiempo que, aguardando el desenlace, estoy al acecho de hasta dónde habrán llegado las cosas de palacio. He aquí que veo venir a un sirviente de Jasón. Su aliento agitado indica que viene a anunciarnos una nueva desgracia. 1120

(Entra el mensajero en escena por la derecha)

MENSAJERO.- [¡Oh tú que has llevado a cabo, al margen de la ley, una acción terrible,] Medea, huye, huye sin excluir ni carro marino ni vehículo terrestre.

MEDEA.- ¿Por qué por ventura tengo que emprender esta huida?

MENSAJERO.- Ha perecido hace un instante la joven princesa y Creonte, su padre, merced a tus venenos.

MEDEA.- Pronunciaste palabras muy hermosas, y en adelante estarás ya entre mis bienhechores y mis amigos.

MENSAJERO.- ¿Qué dices? ¿Estás cuerda y no loca, mujer, tú que, tras ultrajar el hogar de los soberanos, te alegras de escucharlo y no sientes miedo de ello? 1130

MEDEA.- También yo puedo replicar a tus palabras. Mas no te precipites, amigo, y cuéntame. ¿Cómo perecieron? Pues una alegría doble me podrías dar si hubieran muerto del peor modo.

MENSAJERO.- Una vez que la doble descendencia de tus hijos llegó junto con su padre y entró en la morada nupcial, nos alegramos los esclavos, los cuales precisamente sufríamos con tus desgracias. De oído en oído al punto corrió el insistente rumor de que tú y tu esposo habíais zanjado vuestra querella anterior. Uno besa la mano, otro la rubia cabeza de tus hijos. Y yo personalmente, en mi alegría, fui con tus hijos, acompañándolos, hasta la habitación de las mujeres. Y la señora, a quien ahora honramos en tu lugar, antes de ver a la pareja de tus hijos, lanzó a Jasón una mirada amorosa; mas luego ocultó sus ojos e hizo girar hacia atrás su blanca mejilla, pues se sintió molesta ante la entrada de los niños. Mas tu esposo intentaba aplacar el furor y la cólera de la joven diciendo lo siguiente: «¿No vas a dejar de ser hostil para con mis seres queridos, vas a calmar tu ira y a volver hacia nosotros tu cabeza, considerando seres queridos a los que precisamente lo son de tu esposo, y aceptarás estos regalos y pedirás a tu padre que levante el destierro a estos niños en atención a mí?». Y ella, cuando vio los adornos, no se resistió, sino que dio su aprobación en todo a su marido, y antes de que se alejaran un largo trecho del palacio tus hijos y su padre, tomando el abigarrado peplo, se lo puso, y, poniendo la áurea corona en torno a sus bucles, ante un brillante espejo comienza a acicalar su cabello, sonriendo indulgentemente ante la imagen sin vida de su cuerpo. Y luego, levantándose del trono, recorre la estancia, caminando delicadamente con su

níveo pie, alegre sobremanera por los regalos, mirando múltiples veces, de puntillas, con sus ojos a su talón. Mas, a partir de aquí, tuvo lugar un espectáculo terrible de ver: cambiando de color, retrocede inclinada, mientras le tiemblan sus miembros y a duras penas consigue recostarse en el trono para no caer a tierra. Y una anciana sirvienta, creyendo que le había sobrevenido un acceso frenético de Pan o de alguno de los dioses, prorrumpió en gritos de súplica, antes de ver que por su boca salía blanca espuma, de que fuera de sus órbitas las pupilas giraban y de que no había sangre en su cuerpo. Luego lanzó ella un gran lamento como respuesta a sus anteriores gritos. Al punto una se lanzó corriendo a la casa de su padre, mientras que otra lo hacía en busca de su reciente esposo, para anunciar la desventura de la novia. Y la casa toda retumba con las múltiples carreras. Y en lo que un rápido corredor, tras recorrer a zancadas el largo de seis pletros del estadio, hubiera alcanzado la meta, ella, desdichada, dando un terrible gemido, se recuperó de su silencio y su cerrar de ojos. Pues una doble desgracia le asaltaba: la áurea diadema que ceñía su cabeza lanzaba un torrente asombroso de voraz fuego, y los sutiles peplos, regalos de tus hijos, roían la blanca carne de la desdichada. Intenta huir, levantándose del trono envuelta en llamas, agitando su cabellera y su cabeza a un lado y otro, queriendo desprenderse de la corona. Mas el oro mantenía firme el engarce, y el fuego, al agitar ella sus cabellos, relucía el doble. Y cae en el suelo vencida

por la desventura, muy difícil de reconocer salvo para su progenitor. Pues ni era visible la forma de sus ojos ni su bello rostro y la sangre goteaba desde lo alto de su cabeza mezclada con el fuego, y las carnes, como lágrimas de pino, se desprendían de sus huesos por obra de las invisibles dentelladas del veneno, terrible espectáculo. Todos teníamos miedo de tocar el cadáver, pues teníamos a su desgracia como maestra. Mas el desdichado padre, por ignorancia de lo acaecido, de repente entrando en palacio, se abalanza sobre el cadáver. Y al punto prorrumpió en gemidos y, abrazándola con sus manos, la besa mientras decía: «¡Oh desdichada hija! ¿Quién de los dioses te ha matado de forma tan ignominiosa? ¿Quién deja huérfano de ti a este anciano, una tumba ya? ¡Ay de mí, contigo querría morir, hija!» Mas una vez que puso fin a sus lamentos y llantos, al intentar incorporar su anciano cuerpo, quedó adherido, como una hiedra a ramas de laurel, a los sutiles peplos, y tenía lugar una terrible lucha. Pues él quería levantar su rodilla, mas ella lo retenía. Y si tiraba con violencia, arrancaba sus viejas carnes de los huesos. Con el tiempo se le acabaron sus fuerzas y el desdichado dejó salir su alma, pues ya no podía vencer su infortunio. Y yacen cadáveres la hija y su anciano padre [juntos, desgracia que reclama lágrimas]. En lo que a ti respecta bien lejos estoy de decir nada, pues tú misma conocerás la llegada del castigo. Las cosas humanas no es la primera vez que las considero una sombra, y sin temor diría que entre los mortales quienes se creen sabios y pensadores profun-

dos incurrir en la mayor locura. Pues entre los mortales no hay ningún hombre feliz. Y cuando la prosperidad fluye en abundancia uno podría ser más afortunado que otro, pero feliz, no. 1230

(Sale el mensajero)

CORIFEO.- Parece que la divinidad ha acumulado, con justicia, contra Jasón en este día muchas desgracias. ¡Oh desdichada, cómo lamentamos tus desgracias, hija de Creonte, tú que te encaminas a las mansiones de Hades por tus bodas con Jasón!]

MEDEA.- Amigas, la acción está decidida: tras matar lo antes posible a mis hijos, salir de esta tierra, y no entregar, por indolencia, mis hijos a otra mano más hostil para que los mate. Es de todo punto necesario que ellos mueran, y ya que es preciso, nosotros les daremos muerte, quienes precisamente les hemos dado el ser. Mas, vamos, ármate, corazón. ¿Por qué vacilamos en llevar a cabo estos terribles, mas necesarios, males? ¡Ea, mano mía desdichada, empuña la espada, empúñala, marcha hacia la penosa línea de salida de tu vida, y no seas cobarde ni te acuerdes de tus hijos, de que son lo más querido, de que los pariste, sino que en este corto día olvídate de tus hijos y después llora, pues, aunque los mates, nacieron, no obstante, queridos! ¡Infeliz mujer yo! 1240 1250

(Medea entra en el palacio)

Estrofa 1

CORO.- *¡Oh Tierra y muy resplandeciente rayo del Sol, ved, ved a esta funesta mujer antes de que en sus hijos ponga su mano criminal que a los suyos asesina! Pues de tu áurea estirpe brotaron, y causa terror que la sangre de un dios caiga <en tierra> merced a hombres. Mas, oh luz nacida de Zeus, retenla, impídeselo, expulsa de palacio a la desdichada y sanguinaria Erinis †enviada por los genios vengadores†.*

1260

Antístrofa 1

En vano se pierde el penar por tus hijos, en vano diste a luz un linaje querido, ¡oh tú, que franqueaste el inhóspito paso de las rocas Simplégades de azul sombrío! ¡Desdichada! ¿Por qué cae sobre ti la pesada cólera de tu alma y un hostil crimen es respuesta <a un crimen>? Penosas para los mortales son las manchas consanguíneas caídas †a tierra†, sobre los asesinos se abaten dolores concordados procedentes de los dioses, sobre sus casas.

1270

<NIÑO.-> *(Desde el interior) ¡Ay de mí!*

Estrofa 2

CORIFEO.- *¿Oyes, oyes el grito de los niños? ¡Oh desdichada, oh desventurada mujer!*

NIÑO A.- *¡Ay de mí! ¿Qué haré? ¿Adónde huiré de las manos de mi madre?*

NIÑO B.- *No lo sé, hermano queridísimo. Estamos perdidos.*

CORIFEO.- *¿Entro en palacio? Me parece que tengo que salvar a sus hijos de la muerte.*

NIÑO A.- *Sí, por los dioses, salvadnos. Es el momento.*

NIÑO B.- *¡Cuán cerca estamos de la asechanza de la espada!*

CORIFEO.- *¡Desdichada! ¡Es que eres como roca o hierro, tú que vas a matar con tu propia mano fatal el fruto de los hijos que pariste!* 1280

Antístrofa 2

Una sola mujer, una sola, de antaño he oído que llevara su mano contra sus queridos hijos, Ino, enloquecida por los dioses, cuando la esposa de Zeus la echó de su casa en andar errante. Y la desdichada se precipitó al mar por el impío asesinato de sus hijos, cuando sobrepasó su pie el acantilado marino, y, acompañando en la muerte a sus dos hijos, pereció. ¿Qué cosa más terrible podría haber? ¡Oh lecho de las mujeres, rico en penas, cuántos males habéis causado a los mortales! 1290

(Vuelve Jasón a escena por la derecha)

JASÓN.- *Mujeres, vosotras que estáis cerca de esta casa, ¿está en casa la que ha llevado a cabo estas atrocidades, Medea, o se ha dado a la fuga? Pues preciso es que se oculte bajo tierra o que se eleve alada a la pro-*

1300 fundidad del éter, si es que no quiere pagar su deuda con la casa real. ¿Cree que, después de dar muerte a los soberanos de esta tierra, va a huir ella impunemente de esta casa? Mas ella no me preocupa tanto como mis hijos. Aquellos a quienes hizo mal le causarán mal a ella, mas yo he venido a salvar la vida de mis hijos, no sea que los parientes les causen algún daño, como venganza por el crimen impío de su madre.

CORIFEO.- ¡Oh desdichado!, no sabes a qué punto de tus desgracias has llegado, Jasón, pues en caso contrario no hubieras pronunciado estas palabras.

JASÓN.- ¿Qué ocurre? ¿Acaso quiere matarme a mí también?

CORIFEO.- Los niños han muerto a manos de su madre.

1310 JASÓN.- ¡Ay de mí! ¿Qué dices? ¡Cómo me has matado, mujer!

CORIFEO.- Hazte idea de que tus hijos ya no existen.

JASÓN.- ¿Dónde los mató? ¿Dentro o fuera de casa?

CORIFEO.- Si abres las puertas verás el asesinato de tus hijos.

JASÓN.- Soltad los cerrojos lo más rápido posible, sirvientes, quitad las trancas, para que vea yo la doble desgracia, [a ellos muertos y a ella a quien le voy a dar su castigo.]

(Aparece Medea en lo alto de palacio, en un carro tirado por dragones alados, teniendo a su lado los cadáveres de sus hijos)

MEDEA.- ¿Por qué sacudes e intentas desencajar estas puertas, buscando los cadáveres y a mí, su autora? Ceja en el empeño. Si me necesitas, dílo, si algo quieres, mas no me tocarás nunca con tu mano. Tal carro me ha dado el Sol, padre de mi padre, defensa contra mano enemiga. 1320

JASÓN.- ¡Oh ser odioso, oh mujer odiosa en grado sumo para los dioses, para mí y para todo el género humano, que te atreviste a hundir la espada en tus hijos, a pesar de haberlos traído al mundo, y a mí me has aniquilado al privarme de mis hijos! ¿Y aun habiendo hecho eso, diriges tu mirada al sol y a la tierra, tras haber osado la acción más impía? ¡Ojalá mueras! Yo ahora sí estoy cuerdo, entonces no lo estaba, cuando te traje de tu casa y de una tierra extranjera a una casa griega, gran desgracia, traidora a tu padre y a la tierra que te crió. Los dioses han lanzado contra mí tu genio vengador, pues ya habías matado a tu hermano junto al hogar cuando embarcaste en el casco de bella proa de la Argo. Con tales acciones comenzaste. Y una vez que te casaste con este hombre y me diste unos hijos, por un lecho y una alcoba los mataste. Ninguna mujer griega se hubiera atrevido nunca a ello, y eso que antes que con ellas preferí casarme contigo — unión odiosa y funesta para mí—, una leona, no una mujer, de natural más salvaje que la tirrénica Escila. Pero ni con infinitos reproches podría herirte, tal audacia posees por naturaleza. ¡Vete en mala hora, desvergonzada, mancillada con la sangre de tus hijos! 1340

Lamentar mi propio destino es lo que me queda, pues
ni podré disfrutar de mi lecho de recién casado ni a los
1350 hijos que engendré y crié podré hablarles vivos, sino
que los he perdido.

MEDEA.- Largamente me podría extender refutando
tus palabras, si el padre Zeus no supiera qué trato
recibiste de mí y qué cosas me has hecho. No ibas
tú a vivir una vida placentera, tras haber ultrajado
mi lecho, mofándote de mí; ni tampoco la princesa
ni quien te procuró la boda, Creonte, iba a expulsar-
me impunemente de esta tierra. Ante esto llámeme,
1360 si quieres, leona [y Escila, la que habitó el suelo
tirrenio], pues a tu corazón, como debía, he devuel-
to el golpe.

JASÓN.- También tú misma estás sufriendo y participas
de mis males.

MEDEA.- Sábelo bien. Me compensa el dolor, si tú no
te ríes de mí.

JASÓN.- ¡Oh hijos, qué malvada madre os cupo en suerte!

MEDEA.- ¡Oh hijos, cómo habéis muerto por la locura
paterna!

JASÓN.- No fue mi diestra la que los mató.

MEDEA.- Pero sí tu insolencia y tu reciente boda.

JASÓN.- ¿Consideraste digno matarlos por un lecho?

MEDEA.- ¿Crees que es dolor pequeño para una mujer?

JASÓN.- Al menos para la que es sensata, mas para ti todo es desgracia.

MEDEA.- (*Señalando los cadáveres*) Éstos ya no existen. Ello, en efecto, será una mordedura para ti. 1370

JASÓN.- Éstos sí existen, ¡ay de mí!, como genios vengadores contra tu cabeza.

MEDEA.- Saben los dioses quién dio comienzo a la desgracia.

JASÓN .- Saben sin duda de tu mente abominable.

MEDEA.- Ódame. Detesto tus amargas palabras.

JASÓN.- Y yo las tuyas. Fácil es la separación.

MEDEA.- ¿Cómo? ¿Qué he de hacer? Pues también la deseo mucho.

JASÓN.- Permíteme que entierre estos cadáveres y los llore.

MEDEA.- Por supuesto que no, pues yo voy a enterrarlos con mi mano, llevándolos al recinto sagrado de Hera, diosa de la Colina, para que ninguno de mis enemigos los ultraje, profanando sus tumbas. Y en esta tierra de Sísifo instituiremos una solemne fiesta y unos ritos para el futuro en expiación de este impío crimen. En cuanto a mí me iré a la tierra de Erecteo, para convivir con Egeo, hijo de Pandión. Tú, como es natural, como malvado tendrás una mala muerte, golpeado en tu cabeza por un despojo de la Argo, viendo el amargo colofón de nuestra boda. 1380

1390 JASÓN.- *¡Muerte te dé la Erinis de tus hijos y la sanguinaria Justicia!*

MEDEA.- *¿Qué dios o divinidad te va a escuchar a ti, el perjuro y engañador de sus huéspedes?*

JASÓN.- *¡Ay, ay, abominable e infanticida!*

MEDEA.- *Vete a palacio y entierra a tu esposa.*

JASÓN.- *Me voy, privado de mis dos hijos.*

MEDEA.- *Aún no llores, aguarda a tu vejez.*

JASÓN.- *¡Oh queridísimos hijos!*

MEDEA.- *Para su madre, no para ti.*

JASÓN.- *¿Y por eso los mataste?*

MEDEA.- *Para hacerte sufrir.*

1400 JASÓN.- *¡Ay de mí, deseo besar, desdichado, la querida boca de mis hijos!*

MEDEA.- *Ahora les hablas, ahora quieres acariciarlos, cuando antes los rechazabas.*

JASÓN.- *Concédeme, por los dioses, tocar la suave piel de mis hijos.*

MEDEA.- *No es posible. Tus palabras han sido proferidas en vano.*

JASÓN.- *Zeus, ¿escuchas cómo me rechaza y qué trato recibo por parte de esta abominable e infanticida leona? Mas en la medida en que me es posible y*

puedo, los lloro e invoco a los dioses, poniendo por testigos a las divinidades, de que tú, tras matar a mis hijos, me impides tocarlos con mis manos y enterrar sus cadáveres. ¡Ojalá nunca los hubiera yo engendrado para verlos morir bajo tus golpes! 1410

[CORIFEIO.- *De muchas cosas es dispensador Zeus en el Olimpo, y a muchas, inesperadamente, dan cumplimiento los dioses. Lo esperado no se llevó a término, y de lo inesperado un dios encontró la salida. Tal es el desenlace de este drama.*]

